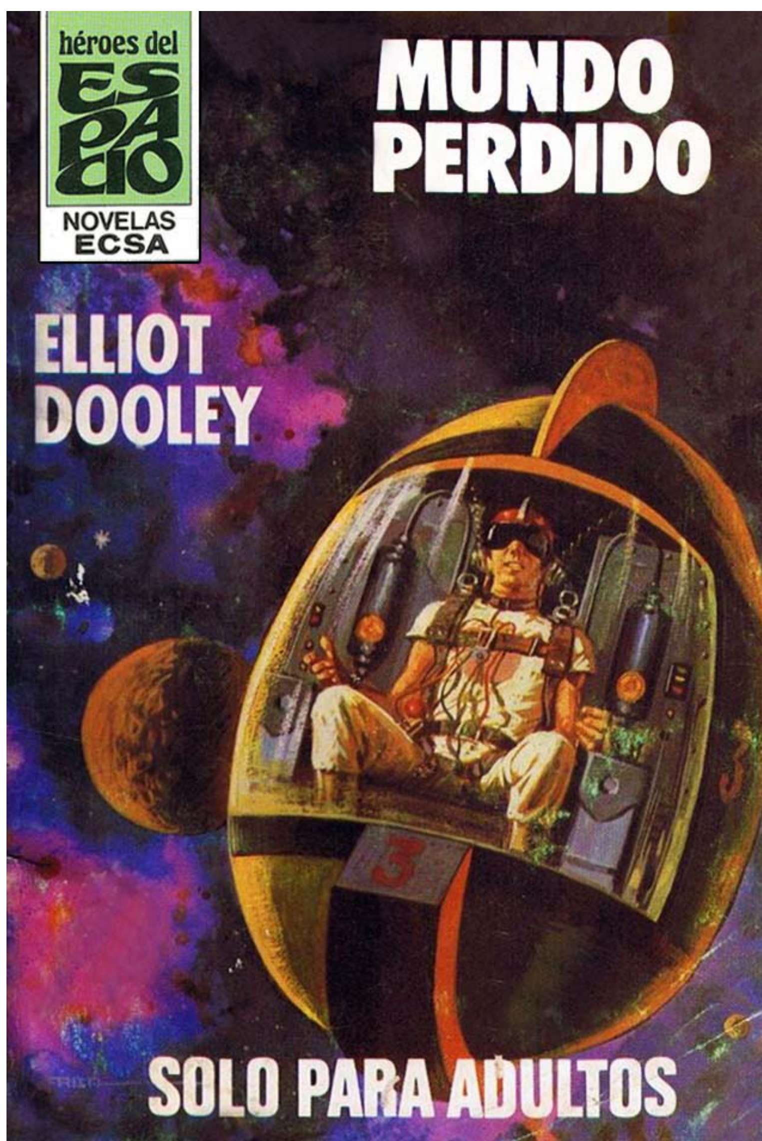
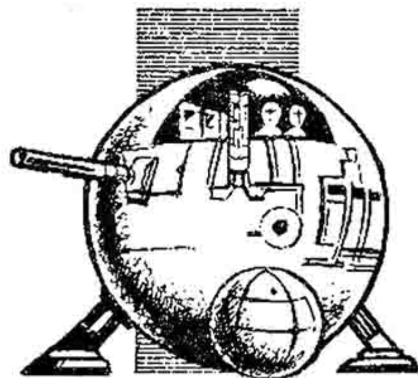

héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA
MUNDO
PERDIDO
ELLIOT
DOOLEY
3
SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

99 — *¿Dónde está la Tierra?*, Joseph Berna.
100 — *El asesino que llegó del Cosmos*, Alex Simmons.
101 — *Planeta invisible*, Lucky Marty.
102 — *Proa al futuro*, Rocco Sarto.
103 — *Los piratas de Korgia*, A. Thorkent.

ELLIOT DOOLEY

MUNDO PERDIDO

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 104
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 5.827-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1982
1.ª edición en América: octubre, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

La amplia sala de conferencias fue llenándose, en cuestión de pocos minutos. Los oficiales que habían sido convocados por el altkomander Ernie Jonger entraban por parejas, tal como se especificara en la orden.

Algunos arrastraban los pies, caminando con paso cansino, resignado. Otros, en cambio, marchaban con decisión, pisando fuerte, como quien está dispuesto a aprovechar la oportunidad si ésta se le presenta.

El kapitán Uller Parod era de los últimos, y también su segundo en el mando, la teniente Fela Seage. Ambos esperaban mucho de aquella convocatoria. Confiaban que, al fin lograrían ser seleccionados y con ello obtendrían la anhelada promoción.

Todos los presentes miraban hacia el frente, al sitial que debía ocupar el altkomander.

El silencio en la sala era casi palpable.

De pronto, un leve rumor de pasos atrajo la atención de los presentes, que vieron avanzar hacia el sitial a Wuri Jakar, el edecán, quien tras un leve carraspeo para llamar su atención, anunció:

—Bien venidos todos. El altkomander va a dirigirles la palabra.

Al mismo tiempo que el edecán terminaba de hablar, el respetado y a la vez temido altkomander Ernie Jonger caminó por el estrado con paso rápido hasta instalarse en el sitial.

El silencio que acogió su presencia fue más denso todavía. Y lleno de expectación.

Ernie Jonger alzó la diestra y comenzó a hablar:

—Han sido convocados para llevar a cabo una misión de colonización en el planeta Phil-Jaux.

Un leve rumor acogió aquellas palabras del altkomander, pero nadie se atrevió a manifestar en voz alta sus pensamientos. Ninguno de los presentes ignoraba que una orden así debía proceder del supremo direktor y que, por lo tanto, no admitía discusión alguna.

Con su tono de voz habitualmente incisivo, Ernie Jonger continuó dirigiéndose a los oficiales allí reunidos:

—Esta será la segunda misión que se envíe al planeta para proceder a su colonización. Lamentablemente, no puedo facilitarles dato alguno respecto a lo sucedido con los componentes de la primera misión, ya que se perdió todo contacto con ellos luego de su llegada a la órbita de Phil-Jaux.

El altkomander hizo una pausa, consciente de la impresión que aquellas palabras debían haber causado en el auditorio.

Varias de las parejas de oficiales se miraron entre ellos, consultándose, pero sin atreverse a intervenir.

Y, aunque lo hubiesen hecho, ¿les habría servido de algo?

Sabían muy bien que su destino estaba trazado y era ya inapelable. Irían a Phil-Jaux aunque el fracaso representara para ellos la muerte o algo peor.

Su suerte, o la fatalidad, era ya algo ineludible.

Ernie Jonger lo confirmó al añadir:

—Las primeras expediciones de exploración proporcionaron datos que indicaban la existencia de condiciones favorables para la colonización. Todos ustedes saben que la población humana universal crece cada vez más y que es preciso buscar otros asentamientos para crear nuevas colonias. Por esta razón se hace del todo imprescindible elegir los lugares idóneos, a fin de enviar a ellos los contingentes humanos precisos, debidamente seleccionados, para que se efectúe la colonización con las máximas garantías de éxito.

»Esa es precisamente su misión —continuó diciendo el altkomander—, la de seleccionar en Phil-Jaux el sitio más apropiado para el establecimiento de una o de varias colonias.

Ernie Jonger paseó escudriñadora su mirada por los rostros de los oficiales allí presentes, hombres y mujeres, cuyos ojos parecían estar clavados en él, en su rostro pétreo y casi impenetrable. Comprendiendo lo que pasaba por sus mentes, el altkomander se apresuró a añadir:

—De conformidad con los datos suministrados por las expediciones de exploración, de

resultas también de la pérdida de contacto con los componentes de la primera misión de colonización, se han extremado al máximo las medidas de seguridad.

«Me gustaría saber —pensó un tanto irónico el kapitán Parad— lo que el altkomander y el supremo direktor entienden por extremar las medidas de seguridad al máximo. Como ellos se quedan aquí muy tranquilos...»

La voz chirriante de Ernie Jonger reclamó de nuevo la atención del joven kapitán, que le escuchó decir:

—Tenemos el pleno convencimiento de que en esta segunda misión colonizadora no se presentarán problemas, o que al menos éstos no serán tan graves que resulten insolubles. Confiamos que, por lo menos —y en este punto hizo una ligera pausa, que no pudo por menos que alarmar a sus oyentes—, varias de las unidades de colonización pondrán en acción el programa establecido y lo llevarán a término felizmente.

El altkomander dirigió entonces una mirada expresiva a su edecán y fue el ceremonioso y venerable Wuri Jakar quien, con tono grandilocuente, tomó la palabra.

—Todos nosotros esperamos que ustedes estarán a la altura de la misión con que han sido honrados. Confiamos que actuarán con la misma o con mayor eficacia con que lo hicieron en veces anteriores. Y ésa ha sido la base principal sobre la cual se ha asentado la selección de que han sido objeto.

El edecán hizo una pausa. Luego añadió:

—Debo hacerles presente, sin embargo, que en esta ocasión, aunque no se descarten las iniciativas personales, deberán mantenerse en continuo contacto para intercambiar información, a fin y efecto de que todos y cada uno de los componentes de la misión estén al corriente de cualquier emergencia que pueda producirse, así como de las circunstancias que la rodeen.

»Y así, también —agregó en tono un tanto ominoso—, intentarán por todos los medios a su alcance transmitir a la base del centro operativo cualquier información por nimia que les parezca que... digamos pueda ser utilizada en el futuro.

Aquélla era una clara alusión a la posibilidad de un fracaso de la segunda misión y la alternativa de que tuviera que organizarse una tercera.

Un escalofrío corrió por más de una espina dorsal de los oficiales allí reunidos.

El altkomander se puso entonces en pie y alzó la diestra para dirigirse a los presentes una vez más.

—Ya están informados de lo que se espera de ustedes. Esto es todo. Pueden retirarse a sus respectivos alojamientos. Recojan los efectos personales que deseen conservar y dispónganse a partir de inmediato hacia su nuevo destino; el planeta Phil-Jaux.

El edecán rubricó aquellas palabras añadiendo:

—Los equipos de colonización para un primer asentamiento están ya cargados en sus naves, y éstas les aguardan en la estación de lanzamiento.

Ernie Jonger dobló el brazo por el codo para llevar la palma de su diestra a la altura del corazón, en un saludo rígido de despedida, a la usanza militar.

Los futuros colonizadores de Phil-Jaux correspondieron al gesto de su superior saludando del mismo modo.

El altkomander gritó en voz alta:

—¡Buena suerte a todos!

Y se retiró seguido de su edecán.

Mientras les veía abandonar el estrado, el kapitán Uller Parod pensó para sus adentros;

«Buena suerte, sí... Eso es precisamente lo que a todos nos hará falta.»

Como los demás, abandonó la estancia donde acababa de celebrarse la reunión, para disponerse a partir rumbo al planeta que con la teniente Fela Seage debía colonizar.

También irían a Phil-Jaux las otras unidades, pero al kapitán Parod pensaba sólo en Fela, ya que ellos dos constituían una de aquellas famosas unidades de colonización.

Eran dos... y a la vez uno solo.

CAPITULO II

—Esta vez no será como antes, Uller. No contaremos con el apoyo de la tripulación. Estaremos solos nosotros dos. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? ¡Completamente solos!

El kapitán hizo un gesto de grave asentimiento. Y, mirando a la mujer, le preguntó:

—¿Te da miedo eso, Fela?

—Un poco, la verdad.

El la estrechó entre sus brazos y susurró en su oído:

—Me tendrás a tu lado. No lo olvides.

—Claro que no lo olvido, pero...

Los dos quedaron silenciosos.

La preocupación se había asentado en sus corazones aunque el kapitán, quizá para no aumentar los temores de ella, tratara de no manifestar sus propios recelos.

Fela Seage se acurrucó contra el pecho del hombre. Le acarició muy mimosa, desbordante de feminidad.

—Si no fuera porque estarás conmigo me habría negado a participar en esta locura.

—En esta misión —le rectificó él suavemente.

Ella negó con un ademán.

—¡Locura, Uller! ¡Es una auténtica locura!

La teniente se miró en los ojos verdegrís de Uller Parod como si quisiera bucear en ellos para alcanzar lo más recóndito de sus pensamientos.

—Confiésalo —le dijo—. Tú también tienes miedo, como lo tengo yo, como lo tenemos todos los que hemos sido elegidos para ir a Phil-Jaux.

El no lo negó. Se limitó a morder su labio inferior.

Fela insistió vehemente.

—¿Cómo te explicas que después de unas expediciones de exploración haya podido fracasar la primera misión de colonización?

—Siempre hay algún imponderable... algo imprevisto... Pero ahora no sucederá eso. Se han tomado más medidas de precaución.

Ella rió sarcástica.

—¿Más medidas? ¿Cuáles?

Y añadió virulenta:

—Lo único que se nos exige, a título adicional, es que nos mantengamos en contacto unos con otros y que lo procuremos mantener también con la base. ¿Es que no te das cuenta de lo que eso significa, Uller?

Sí, él se daba perfecta cuenta de ello, sólo que no quería admitirlo en voz alta.

Pero Fela no tenía los mismos reparos.

Como mujer, la teniente se preocupaba por los dos.

—Compréndelo, cariño. El supremo direktor nos pide demos información a la base del centro operativo, no para ayudarnos a nosotros sino para avisar a los que hayan de formar parte de la tercera misión. Y eso quiere decir que ya de antemano nos consideran como víctimas propiciatorias.

El kapitán Parod continuó callado porque en su fuero interno estaba totalmente de acuerdo con lo que decía la mujer.

—Quisiera que pudiésemos negarnos a ir allá.

—Eso es imposible, Fela. La disciplina exige de nosotros que obedezcamos las órdenes, nos guste o no.

—Es que no se trata de gustar, sino de algo muy distinto. Es cuestión de vida o muerte.

—Aun así.

Ella le miró con los ojos brillantes de lágrimas contenidas.

—Te quiero, Uller.

—Yo también a ti.

—Desearía que pudiésemos gozar de la vida.

—También yo. Por eso mismo estamos juntos y así seguiremos hasta el final, que ojalá tarde en llegarnos.

Fela movió la cabeza con evidente pesimismo.

—Al incorporarnos a esta misión ese final está cada vez más próximo. ¿O es que no lo ves?

El kapitán dejó escapar un gruñido de asentimiento, pero al mismo tiempo miró su controlador temporal y murmuró:

—Se hace tarde, Fela. Ya deberíamos estar en la base de lanzamiento. Seremos los últimos en llegar. ¡Vámonos!

Y, dando el ejemplo, anduvo unos pasos hacia la compuerta de su alojamiento. Ella, siguiéndole a regañadientes, todavía se permitió una última queja:

—Lo que tardemos en llegar será un retraso en el tiempo que nos falta para morir.

—¡Por favor, Fela! —exclamó él desde el umbral—. ¡Déjate de tanto pesimismo!

El kapitán se apartó para que ella pudiera salir y, cuando pasó por su lado, la enlazó por la cintura susurrando en su oído:

—Ten más valor. Verás como todo acaba bien.

—¡Ojalá!

Y, sin añadir palabra, ambos se encaminaron a la base de lanzamiento de la que habían de partir rumbo al planeta Phil-Jaux.

* * *

La astronave *Koln-3* se estremeció y con un fuerte zumbido ascendió en línea recta, cada vez con mayor aceleración, hasta que saltó de la estratosfera al espacio libre.

Atrás quedaba el planeta base, que parecía ir disminuyendo de tamaño hasta convertirse en una diminuta bola y desaparecer luego de su campo de visión.

La nave viajaba ya hacia las lejanas estrellas, para entrar en la vecina galaxia donde estaba el planeta Phil-Jaux.

El objetivo que les había sido asignado a los dos tripulantes de *Koln-3*.

La nave pasó por un campo de fuerza y la presión se intensificó causando perturbaciones en el kapitán Parad, pero sobre todo en la mujer, de naturaleza más sensible ante cambios tan acusados como aquél.

—¿Te sientes mal? —le preguntó Uller al darse cuenta de que su compañera respiraba fatigosamente.

Ella forzó una sonrisa al responder:

—No te preocupes. Se me pasará en seguida. En cuanto deje de afectarnos este campo de fuerza.

—Daré a los propulsores la máxima potencia.

Fela trató de protestar.

—No lo hagas, Uller. Puede resultar peligroso.

El kapitán no le hizo caso e imprimió a la nave la máxima aceleración para salir cuanto antes de aquel campo que tanto afectaba a la mujer y que, si no cortaba a tiempo sus efectos, podía provocar en ella un estado catatónico.

Poco después la presión interior comenzó a disminuir y el kapitán exhaló un suspiro de alivio cuando vio a Fela que respiraba con más facilidad y de un modo ya casi normal.

—¿Te encuentras mejor, querida?

—Sí, pero, por lo que más quieras, desacelera.

El sonrió.

—Lo que más quiero eres tú. Por eso aceleré, pero ahora, habiendo vuelto a recobrar la

normalidad de tus funciones, ya no tengo inconveniente en hacerte caso.

Uller Parod manipuló los mandos para disminuir la potencia de los propulsores e imprimir a su nave una velocidad de crucero más apropiada para su misión.

La astronave *Koln-3* prosiguió su ruta según lo establecido por el programador de vuelo y su kapitán transmitió a las demás unidades que todo volvía a estar en orden.

La emisión fue captada por la base del centro operativo, que dio acuse de recibo, al tiempo que se pedía al kapitán Parod no se rezagara con respecto a las demás naves.

Luego de dar su conformidad a la orden, Uller Parod aumentó ligeramente la velocidad para no seguir retrasado respecto a los demás componentes de la misión.

Al cruzar una amplia franja en la que se apreciaba una fuerte condensación de gases, la *Koln-3* experimentó una fuerte sacudida, como si hubiera atravesado una barrera de cristal.

—Estamos ya en la galaxia vecina...

—Sí —le confirmó la teniente Seage—. Y no tardaremos en avistar Phil-Jaux.

Como si fuera una respuesta a las palabras de Fela, el control automático de navegación enderezó el rumbo de la *Koln-3* para conducirla en línea recta a las coordenadas de situación del planeta que constituía su objetivo.

Horas después, el planeta, como una diminuta bola parduzca con manchas azuladas, aparecía en pantalla.

—¡Ya estamos llegando, querida! —exclamó el kapitán Parod señalando a aquel mundo, que parecía ir creciendo a medida que la astronave avanzaba hacia él.

Ella correspondió a aquellas palabras esbozando una mueca de disgusto.

—Bueno, eso indica que nuestros problemas no tardarán en comenzar. ¡Ojalá podamos superarlos!

Uller Parod apretó los labios hasta formar con ellos una línea de extrema dureza. Y, sin despegarlos siquiera, hablando entre dientes, murmuró:

—Los superaremos, querida. Claro está que los superaremos.

Y, en su mente, añadió:

«¡Como que nos va la vida en ello!»

El kapitán puso en la maniobra sus cinco sentidos y procedió a dirigir su nave hacia el planeta, que ahora empezaba a parecerle enorme y al cual, por distintas rutas, estaban aproximándose las otras naves que, juntamente con la *Koln3* componían la segunda misión de colonización.

Mas todos los expedicionarios que iban acercándose a aquel nuevo mundo, tenían un mismo pensamiento:

«¿Fracasaremos también nosotros, como los de la primera misión? ¿Harán falta más expediciones?»

El número de éstas ya no les preocupaba.

¿Por qué había de hacerlo si el hecho de que fueran necesarias implicaba que ellos habrían fracasado... y muerto?

Uller Parod, como sus otros compañeros, trató de alejar aquellos ominosos pensamientos de su mente. Era más importante concentrarse en la tarea de situarse en órbita y no dejar que le perturbasen aquellas ideas que sólo servían para disminuir su moral y ponerle en inferioridad de condiciones frente a los problemas que tuviese que abordar cuando llegase a Jaux.

CAPITULO III

El zumbador del transmisor se dejó oír simultáneamente en todas las naves, atrayendo la atención de sus ocupantes.

«Atención, atención... *Koln-2* llamando a base de centro operativo y a astronaves de la segunda misión. Informando haber descubierto zona peligrosa en superficie de Phil-Jaux. Corresponde a un sector rodeado por agua contaminada. Se aprecian restos de edificaciones de radiactividad difícilmente soportables por seres humanos. Señalo evidente imposibilidad de asentamiento...»

De pronto, el tono de la voz cambió.

Hasta aquel instante el kapitán Ving Stamer había hablado en tono pausado, monocorde. Repentinamente lo hizo muy excitado, atropellándosele las palabras, dominado por una fuerte impresión que le había desposeído de todo autocontrol.

«Una nube espesa, amarillenta, parece alzarse del suelo y viene hacia mi nave como si fuese a envolverla.

Trato de eludirla... ¡y no lo consigo! ¡La nube me está envolviendo ya! Parece inconcebible pero está filtrándose a través de la superestructura de la nave como si ésta fuera porosa... ¡Más aún! ¡Los componentes metálicos están desintegrándose!... ¡La nube está invadiendo mi nave por completo! ¡Llega hasta el último resquicio y no hay forma de escapar a ella ni a sus efectos!»

Como si se estuviera volviendo histérico, chillando de un modo impresionante, el kapitán Stamer siguió diciendo:

«Desde aquí veo cómo la teniente Sulha Hamar se agita dentro de la nube. Manotea y tose de una manera que da pena. Corre hacia mí y ahora que la veo más de cerca me doy cuenta de que su cara se ha convertido en una especie de masa informe... ¡Es algo espeluznante! ¡La carne se le cae a pedazos!

«Ahora me está alcanzando a mí la nube —siguió diciendo con voz súbitamente enronquecida—. Un tremendo escozor hace presa en mi boca y garganta... ¡Apenas puedo respirar y toso como un condenado! i ¡Esto es algo insoportable!»

En ese momento el grito que brotó de la garganta del kapitán Stamer puso los pelos de punta a cuantos le estaban escuchando pendientes de sus palabras.

«¡La teniente Hamar iba a abrazarme pero al verme ha retrocedido aterrada! ¡Yo le doy miedo... o tanto asco como ella me lo ha dado a mí! ¡Los dos nos estamos deshaciendo en fragmentos! ¡Nos estamos convirtiendo en piltrafas! ¡Qué horror es éste...!»

La voz cesó súbitamente.

Una fuerte explosión había truncado el espeluznante horrísono mensaje del kapitán de la nave *Koln-2.*

Después del pavoroso estallido sólo hubo silencio.

Un silencio de muerte.

Y cuando los jefes de las otras naves que componían la segunda misión de colonización trataron de restablecer el contacto perdido con la nave *Koln-2* todos pudieron comprobar con el consiguiente pánico que la astronave había desaparecido.

Ni la pareja de exploradores ni su nave existían.

Aquél era el primer tributo que pagaba la segunda misión de colonización del planeta Phil-Jaux.

El primero...

¿Quién o quiénes serían los segundos?

Aquélla era, precisamente, la pregunta que en ese mismo instante se estaban formulando

todos los componentes de la misión.

Una pregunta que aún no tenía respuesta.

Pero que la tendría.

De eso cada uno de ellos y de ellas estaban seguros.

Lo que faltaba saber era quién sería el siguiente.

Y, en ese preciso momento, todos los receptores captaron la angustiosa llamada de la *Koln-4* cuyo kapitán denunciaba la aparición de una nube amarillenta, similar a la que había costado la desaparición de la *Koln-2* y sus tripulantes.

Después...

La angustia que les tocó vivir a quienes le oyeron fue poco más o menos la misma, hasta que la explosión final les evidenció que la pareja de humanos habían dejado de sufrir.

Y de vivir.

* * *

Lívido como un cadáver, bañada su frente en un sudor frío, Uller Parod desconectó el control direccional automático para utilizar el manual y estar en condiciones de eludir cualquier emergencia que se presentara de modo inopinado.

Su compañera, la teniente Fela Seage, advirtió su preocupación y no volvió a hablar más de problemas más o menos inminentes. ¿Para qué hacerlo si aquéllos no habían hecho sino comenzar?

La *Koln-2* luego la *Koln-4,* ambas destruidas por una fuerza desconocida...

«¿A cuál le tocará ahora la vez? —pensó ella angustiada—. ¿A nuestra nave o a la *Koln-1»*

Como si hubiera adivinado lo que estaba pasando por su mente Uller se volvió hacia ella y forzó una sonrisa.

—Tranquilízate, Fela —le dijo—. Verás cómo acabamos por salir bien de ésta.

—¡Ojalá estés en lo cierto!

—Lo estoy. No te preocupes.

—Tengo motivos para estarlo. ¿No te parece?

—Sí, claro, pero nosotros no correremos la misma suerte que nuestros camaradas.

—¿No? ¿Por qué? —replicó ella esbozando una mueca sarcástica—. ¿Es que somos diferentes a los demás?

—No, claro, pero estamos advertidos de cuál es el peligro. En cuanto veamos aparecer esa nube amarillenta nos desviaremos de ruta y escaparemos.

—Si podemos.

—¡Podremos!

A pesar de la firmeza con que él había hablado Fela captó en su voz un cierto matiz de inseguridad. Era evidente que del mismo modo que el kapitán pretendía darle ánimos él no las tenía todas consigo.

Uller estableció contacto con los tripulantes de la última de las naves que componían la expedición.

—¿Todo en orden en tu zona, Lettek? —preguntó al kapitán de la *Koln-1.*

—Sí, Parod. ¿Y por ahí?

—También.

—¿No has descubierto señales de esa maldita nube?

—En absoluto.

—Bien, esperemos que todo continúe como hasta ahora.

—Quería decirte algo, Lettek.

—¿Qué? —preguntó el otro oficial súbitamente alarmado.

—He desconectado los automatismos de la nave para utilizar el control direccional manual.

El otro soltó un bufido.

—¿Te crees mejor que una máquina programada por el mejor cerebro electrónico del Universo? ¡No me hagas reír, Parod!

El kapitán Uller Parod escuchó perfectamente la risa burlona de su camarada de promoción. Por un instante estuvo tentado de contestarle en forma desabrida; pero no lo hizo. Se limitó a encogerse de hombros y, renegando in mente, continuó atento a la maniobra dirigiendo su nave a una órbita distinta a la que le fuera asignada por el programador electrónico.

«Este Lettek dirá lo que quiera —pensó en silencio—, pero el cerebro que programó nuestras rutas a Phil-Jaux no debía tener datos respecto al peligro que iba a amenazar y destruir las *Koln-2* y *4*. Eso… o no funcionó debidamente. Sea lo que fuere —concluyó para sí —, no puedo fiarme. Prefiero equivocarme yo intentando salvarme a que se equivoque un cerebro electrónico y nos cueste la vida a Fela y a mí.»

Y, en ese preciso instante, Uller Parod supo que había tomado la decisión correcta.

La única que le podía salvar.

* * *

El kapitán Lettek descubrió la nube amarilla emergiendo de la superficie de Phil-Jaux y elevándose en línea recta hacia su astronave.

—¡Maldición! —aulló—. ¡Ya está ahí esa condenada nube!

Al momento vociferó unas órdenes a su ayudante y compañera, la teniente Zersa, que juntamente con él componía aquella unidad de colonización.

—¡Cambiemos al control manual! ¡Ese maldito Parod tenía razón al no fiarse de los automatismos de esta cochina nave!

Pero ya era tarde para que aquella decisión de última hora pudiese ser efectiva.

La nube se había distorsionado, extendiéndose delante y alrededor de la *Koln-I* como una red amenazadora.

¡Ya era imposible escapar!

Para colmo de desdichas el giróscopo se disparó como si su mecanismo se hubiese vuelto loco.

La nave brincó como un potro salvaje, de un lado a otro hacia arriba y abajo, pero eso no impedía que la nube se cerniese sobre ella y comenzara a filtrarse en su interior.

La tos de la teniente Zersa llegó a los oídos de su jefe y compañero como una advertencia implacable.

A ambos les amenazaba el mismo final que a las tripulaciones de las otras dos naves.

Los dos serían destruidos juntamente con la *Koln-I*.

La tos de Zersa iba en aumento y ella manoteó al moverse hacia él. Le pedía ayuda…

Lettek vio entonces la cara de la mujer que se estaba desintegrando, convirtiéndose en piltrafa.

El kapitán de la *Koin-1* lanzó un grito de horror y, como si hubiera enloquecido, desenfundó el arma que llevaba a la cintura y apuntó con ella a Zersa.

—¿Qué vas a hacerme, Lettek? —gritó ella, retrocediendo un paso asustada—. ¿Has dejado de quererme?

—¡Claro que te quiero! —aulló él con voz súbita mente enronquecida—. ¡Por eso voy a poner fin a tus sufrimientos! ¡No quiero verte convertida en una piltrafa!

—¡No! ¡Eso no!

Zersa no pudo decir más. Se llevó las manos a la cara en un gesto instintivo de defensa al tiempo que él disparaba y la alcanzaba en mitad de la frente.

La mujer lanzó un suave gemido. Y se desplomó, muerta.

Lettek se quedó mirando el cuerpo sin vida, que continuaba desintegrándose. Pero eso ahora ya no le importaba. Su querida Zersa no sufriría más. Ya no vivía…

El kapitán sintió el calor del arma en la mano que la empuñaba, como si se hubiera convertido en un metal candente. Una especie de extraña locura se apoderó del oficial.

Era la liberación repentina e insospechada de un odio virulento, acumulado en su cerebro a lo largo de toda una existencia de sometimiento a la más estricta de las disciplinas.

La carga de opresión había dejado de esclavizarle.

Totalmente loco de rabia y de repugnancia al mismo tiempo, el kapitán Lettek gritó:

—Los culpables de todo esto no escaparán indemnes. ¡Juro que me las pagarán aunque yo no pueda vivir ya para verlo!

Como un energúmeno, el jefe de la *Koln l* se lanzó casi de cabeza al puesto de pilotaje y, terminando la iniciada acción de puesta en servicio del control manual, anulando completamente los automatismos direccionales, Lettek dirigió la proa de su nave hacia la superficie del planeta.

—¡Voy por ti, Phil-Jaux! ¡A por ti y tu gente!

Luego, barbotando palabras sin sentido entremezcladas con horribles juramentos y maldiciones, seguro ya de que nada ni nadie podría variar el rumbo de la *Koln-1*, el kapitán se movió a trompicones, tambaleándose igual que si estuviera borracho, hasta alcanzar la pila radiactiva.

Lettek tropezó con un escalón y, para no caer al suelo, del que no sabía si podría levantarse, se agarró con las manos desnudas a una de las varillas amortiguadoras.

No le importaba la falta de protección en las manos ni en el resto del cuerpo.

El era ya un cadáver viviente. ¿Qué podía importarle que su final se precipitara de uno o de otro modo?

A los pocos instantes se produjo la fusión nuclear y la nave se convirtió en tremenda bomba atómica en el preciso instante en que le faltaban menos de dos kilómetros para llegar a la superficie, con lo que su área de destrucción alcanzó el máximo límite.

CAPITULO IV

La tremenda deflagración no pilló por sorpresa a los ocupantes de la *Koln-3.* Desde que oyeron al kapitán Lettek denunciar la presencia de la fatídica y letal nube amarilla y que ésta avanzaba al encuentro y rodeaba a la nave espacial, filtrándose luego en su interior, sin decirse nada, sin necesidad de intercambiar palabra, ambos comprendieron cuál sería el ineludible final.

Lo que Uller Parod no se esperaba era que su camarada dirigiese la astronave contra la superficie de Phil Jaux y su explosión provocara una expansión de radiactividad en una zona muy amplia del planeta.

Fela y él se miraron en silencio.

Aterrados.

Ya sólo quedaban ellos dos con vida de aquella maldita misión pretendidamente colonizadora.

Pero ¿hasta cuándo sobrevivirían?

Aquélla era la pregunta que parecía impresa con rasgos de fuego en la mente del kapitán Parod, igual que si alguien hubiese hurgado en su cerebro con un hierro candente.

Instintivamente aferró con fuerza el volante de dirección hasta que sus nudillos quedaron blancos por falta de sangre. Tiró del volante hacia él para remontarse en la atmósfera y ganar altura.

Los peligros que amenazaban ahora a la *Koln-3* habían crecido. Ya no se limitaban a la nube. Había que contar también con la ola de radiactividad desencadenada por la explosión de la *Koln-1.*

La proa de la nave espacial apuntó hacia las franjas menos densas de la estratosfera. Luego, una vez ganó aquella zona donde, al menos por el momento, podía considerarse a salvo, Uller Parod enderezó el rumbo de la *Koln-3.*

Fela rompió entonces el silencio.

—¿Qué piensas hacer?

El la miró dubitativo y se encogió de hombros.

—No sé —confesó.

—¿Bajarás para continuar la misión o darás media vuelta y nos alejaremos de aquí mientras aún estamos a tiempo?

Uller se mordió los labios.

—Las cosas no son tan fáciles.

—¿No? ¿Por qué?

—Somos militares y tenemos nuestras órdenes.

—Sí, claro —exclamó Fela sarcástica—, unas órdenes que nos condenan a morir como los demás.

Ella se le acercó insinuante.

—¿No crees que tienes también otra misión no menos importante que la de hacerte matar conmigo en ese cochino mundo?

—¿A qué misión te refieres?

—A la de informar.

—Ya lo estamos haciendo —opuso él.

—Sí, claro, a distancia. Pero creo sería mucho más conveniente regresar y explicar en qué consiste realmente el peligro que acecha en este mundo. Hay que pensar que el altkomander querrá enviar otra misión colonizadora y que a sus ocupantes les pasará tres cuartos de lo mismo.

Uller frunció el entrecejo, pensativo.

—Piénsalo bien —insistió ella—, nos jugamos no sólo nuestras vidas y lo que pueda ser el futuro que nos espere, sino que seremos responsables también de lo que pueda ocurrirles a quienes vengan hasta aquí siguiendo nuestras huellas.

—Hablas como una derrotista.

—Quizá lo sea, pero creo tener buenas razones para pensar así. ¿O no?

El refunfuñó algo ininteligible. Luego, con voz más clara, le indicó:

—El altkomander dispondrá otras medidas más eficaces.

Fela rió sarcástica.

—Naturalmente. En las naves que compongan la nueva expedición colonizadora contarán con cápsulas para albergar en ellas los cadáveres de quienes sucumban. ¡Menudas medidas!

Uller Parod volvió a encogerse de hombros al no encontrar palabras para replicar a su compañera. Instintivamente se pasó la mano izquierda por el mentón, duro y enérgico, voluntarioso, barajando en su mente las ideas que Fela acababa de exponerle.

El kapitán era bastante joven para el grado que había alcanzado. Sólo tenía treinta y dos años, y sin embargo, en esos momentos, su apariencia era la de un viejo casi decrépito. El cansancio y el horror acumulados durante las últimas horas le habían dejado una huella indeleble, marcándole para siempre.

Fela se dio cuenta de que él vacilaba, como si no se atreviera a tomar la decisión que podía ponerles a salvo.

—Yo no le daría más vueltas al asunto —insistió la teniente—. Piensa por un momento cómo habrá quedado la superficie de Phil-Jaux después de la explosión de la *Koln-1*. La radiactividad habrá convertido en inhabitable este planeta. Lo mejor que pueden hacer es darlo por perdido para cualquier intento de colonización, por lo menos hasta que desaparezcan los efectos radiactivos.

El dejó escapar un gruñido de asentimiento.

—Sí, Fela. Creo que tienes razón.

La teniente Seage se disponía a abrazarle entusiasmada, llena de euforia, pero aquel gesto quedó inconcluso. Miró indecisa a su compañero, cuyo rostro aparecía ahora crispado.

—¿Qué sucede, Uller? —preguntó.

El apuntó con el índice a la pantalla y, con voz ronca, exclamó:

—¡Mira, Fela! ¡LA NUBE!

Los ojos de la mujer se desorbitaron a impulsos del horror que hada presa en ella, dominándola.

—¡Viene hacia nosotros! —gritó aterrada—. ¡A nuestro encuentro!

Uller hizo un gesto afirmativo con la cabeza, expresando con él todo su pesimismo. Pero, al mismo tiempo, con gesto instintivo, sus manos se aferraron a los mandos.

Unos instantes después, sin dirigirse a ella, como si hablara consigo mismo, el kapitán Parod murmuró:

—No parece que desarrolle una gran velocidad. Más bien diría que se mueve con relativa lentitud.

—¿Crees que podrás distanciarte de esa nube? —inquirió Fela anhelante.

El asintió con un ademán.

—Probablemente. Lo intentaré.

El kapitán Parod imprimió a los propulsores de la *Koln-3* la máxima aceleración y aguardó expectante los resultados. Ella observaba la pantalla con no menos anhelo.

—¡Estamos aumentando la distancia!

—Sí, Fela.

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios del kapitán Parod mientras mantenía la aceleración de su nave, con lo que la *Koln-3* siguió alejándose de aquella nube letal y amenazadora.

Al lado de Uller, la teniente vigilaba en la pantalla la marcha de la nube.

La mujer lanzó entonces un grito de alarma.

—¡Está aumentando de tamaño!

—¿Cómo dices, Fela?

—Compruébalo tú mismo. ¡Mira! ¡La nube crece por momentos y se hace enorme!

Uller Parod giró el rostro y lanzó una mirada incrédula a la pantalla, mientras la teniente añadía des pavorida.

—¡Se extiende en el cielo igual que una mancha de grasa encima del agua!

El kapitán parecía no dar crédito a lo que estaba viendo y que le ponía los pelos de punta. Soltó una sarta de maldiciones y masculló palabras ininteligibles mientras hacía efectuar a su nave un rápido viraje como si tratara de eludir aquel obstáculo que se interponía entre su camino y el espacio libre.

Tenso y expectante, Uller prosiguió la maniobra en la que cifraba su única posibilidad de escapatoria.

Sus esperanzas quedaron frustradas al instante.

—¡La nube se desplaza también paralelamente a nosotros! —le advirtió Fela, cada vez más asustada.

El kapitán volvió a dar otro viraje para marchar ahora en dirección contraria a la de antes y pidió a Fela:

—¿Qué hace ahora la nube?

Tras unos segundos de silencio ella contestó abatida:

—También ha variado la dirección de su expansión. Parece como si fuese una red inmensa que tratase de atrapamos en su interior y encerramos sin dejamos ninguna escapatoria.

Aquélla era también la conclusión a que había llegado el kapitán Parod, sólo que él no la había expresado en voz alta.

Fela agarró el brazo de su compañero y clamó:

—¿Qué podemos hacer? ¿Qué intentarás ahora, Uller?

—No lo sé... La verdad es que no lo sé.

—¡No quiero morir todavía! —gritó ella.

—Por favor, Fela. Nada de histerismos.

Uller acarició suavemente la mano de la mujer, tratando de infundirle un coraje y unos ánimos que él estaba muy lejos de sentir.

—Déjame que piense, Fela. Encontraré una solución a este problema. Tranquila, querida.

Ella le miró con expectante incredulidad.

—¿Lo dices en serio?

El kapitán asintió con gravedad.

—Claro que lo digo en serio. Nosotros no vamos a rendirnos a las primeras de cambio.

—Pero esa maldita nube nos está cortando el camino hacia el espacio exterior.

—Sí, eso es lo que hace —convino él a regañadientes.

—¿Entonces...?

Uller Parod se dio una palmada en la frente y exclamó:

—¡Aguarda! ¡Creo que aún tenemos una posibilidad de escapar a la nube y a la muerte!

—¿Qué posibilidad es esa?

—La de descender a la superficie del planeta.

El gesto escéptico de la mujer se convirtió en iracundo.

—¿Te has vuelto loco, Uller? —protestó con vehemencia—. Si hiciéramos lo que dices seríamos víctima de la radiactividad. ¿Has olvidado que estalló la *Koln-1?*

—No, querida. No he olvidado nada, pero dudo que toda la superficie del planeta haya resultado afectada por aquella explosión. Sólo es cuestión de encontrar una zona no contaminada y de aterrizar en ella.

Fela esbozó una mueca escéptica al tiempo que señalaba a la pantalla, en la que seguía viéndose, cada vez más próxima, a la ominosa nube amarilla.

—¿Y crees que ella nos dará tiempo para encontrar esa zona? —preguntó sarcástica—. ¡Nos liquidará antes de que pongamos el pie en tierra!

Y, tras una brevísima pausa, añadió:

—Además, no veo qué ganaríamos con eso.

El hizo un gesto ambiguo al responder:

—De momento dejaríamos de estar dentro de esta nave, que me parece es el polo de atracción de la nube.

Fela la miró sorprendida.

—¿Qué quieres decir con eso de polo de atracción?

—Lo que has oído.

—La verdad es que no te entiendo.

—Pues a mí me parece que está bastante claro. ¿O no te has dado cuenta de que cualquier intento para alejarnos de la nube ha sido abocado al fracaso porque parecía que ella lo detectaba y actuaba en consecuencia a fin de seguir cortándonos el paso hacia el espacio exterior?

—¿Tratas de decirme que esa nube mortífera tiene inteligencia y nos persigue de un modo consciente?

—No. Eso no.

—¿Entonces...?

—Lo que digo es que la nube descubre nuestros movimientos y cambios de dirección apenas los iniciamos y que, luego de localizamos, se sitúa de forma que siga siendo un obstáculo. Pero no porque tenga inteligencia sino porque hay algo que la atrae físicamente.

Fela abrió mucho los ojos y le miró con creciente sorpresa.

—¿Pretendes hacerme creer que la nave actúa respecto a la nube igual que si fuera un imán?

El kapitán Parod hizo un gesto de asentimiento.

—En efecto —dijo—. Eso pienso que es lo que sucede.

Ella hizo una mueca de clara incredulidad, en tanto que Uller Parod añadía:

—Por eso mismo creo que la única forma que tenemos de escapar a la nube y sus efectos mortales consiste en descender a la superficie y, una vez en tierra, alejamos de nuestra nave.

—Bien, ¿y después?

Uller respondió encogiéndose de hombros:

—Lo más probable es que la *Koln-3* sea destruida como lo fueron las otras naves, pero al menos nosotros habremos salvado la vida. Y eso ya es mucho.

—De acuerdo. Supongamos que todo sucede como dices. ¿Qué haremos entonces?

—Bueno, a fin de cuentas vinimos a este mundo para colonizarlo. ¿No?

Ella hizo un gesto de grave asentimiento mientras Uller Parod agregaba:

—Eso será lo que tendremos que hacer. Convertirnos en colonos forzados.

—¿Y tendremos que quedarnos aquí para siempre?

—Naturalmente.

Fela clavó en él sus ojos.

—No esperarás que vengan a rescatarnos, ¿verdad?

El negó con un ademán.

—Me temo que los nuestros nos den por desaparecidos y si envían más expediciones no vendrán por nosotros. Pero estaremos aquí para recibirles.

—Algo es algo —musitó Fela.

—Claro que sí y más si consideras que no tenemos ninguna otra opción.

La mujer apretó los labios formando con ellos una línea dura, que expresaba decisión, o resignación. Y, convencido de que estaba en lo cierto, el kapitán Parod inició un nuevo viraje con la Koln-3 para ganar tiempo, apuntando después la proa de su nave hacia la superficie de Phil-Jaux.

CAPITULO V

La *Koln-3* efectuó dos rápidas pasadas circunvalan do el planeta, siguiendo las líneas de dos meridianos distintos, al tiempo que los controles de a bordo registraban y clasificaban las particularidades de las zonas que estaban sobrevolando y quedaban así sometidas a la observación y control de los futuros colonos de Phil Jaux.

Desde la altitud a que se encontraba la nave fue bastante fácil explorar un amplio territorio, casi tan grande en su extensión como cualquiera de los continentes de su mundo.

Los detectores de la *Koln-3* registraron la existencia de grandes masas radiactivas en la zona.

Ambos astronautas se miraron en silencio.

Uller Parod fue el primero en hablar.

—Ahí no podemos pensar en aterrizar —rezongó. Fela se limitó a hacer un gesto afirmativo. También ella estaba preocupada por el curso que seguían los acontecimientos. Ahora no decía nada, pero sus crecientes temores se traslucían en su expresivo y hermoso rostro.

La teniente Seage permanecía atenta a la pantalla, vigilando a la nube letal, cuyos desplazamientos, siempre paralelos al rumbo que seguía la *Koln-3,* entrañaban una amenaza permanente.

Uller Parod lanzó a su vez una rápida ojeada a la pantalla y, tras cerciorarse de que la nube amarilla continuaba con lo que parecía un acoso implacable, masculló otra sarta de maldiciones, al tiempo que iniciaba un tercer y más amplio viraje para dirigirse hacia el nadir de aquel mundo.

Desde la cabina de mandos, el kapitán Parod descubrió en la superficie del planeta una amplia zona azulada, que rodeaba un vasto sector de tierra verdeante.

Uller enfocó de inmediato el controlador de radiactividad a aquel sector y contuvo la respiración mientras esperaba los resultados de su examen.

El kapitán sofocó un grito de alegría al ver que, sin la menor oscilación, la aguja se mantenía en el punto cero.

—¡No se aprecia ninguna radiactividad! —gritó eufórico.

Al oírle, Fela giró la cara hacia él.

—¿Estás seguro?

—Sí, claro. Compruébalo tú misma.

El apuntó con el índice al control radiactivo y la teniente clavó sus ojos en la inmóvil aguja.

—¿Lo ves? —insistió él, acuciante.

Fela dejó escapar un suspiro de alivio.

—Lo veo y casi no lo creo —musitó en voz muy tenue.

El se removió en su asiento y comentó alegre.

—Por esta vez nos hemos librado, querida. Ahora sólo tenemos que impedir que la nube nos alcance antes de abandonar la nave.

Sin pérdida de tiempo, el kapitán Parod dirigió su nave hacia el sector no contaminado, buscando un lugar idóneo para hacer un aterrizaje de emergencia, que te permitiese después escapar a la nube mortífera.

Uller encontró el sitio que consideró más apropiado para su propósito entre unas colinas agrestes, cuyos campos circundantes se veían en total abandono y mostraban un aspecto casi selvático.

La *Koln-3* descendió lentamente para posarse con suavidad en la superficie y, en cuanto la nave quedó inmovilizada en el suelo, el kapitán Parod, desde la cabina de mandos, mostró a su

compañera el camino a seguir.

—¿Ves aquellas grutas al pie de las colinas? —preguntó señalando el lugar en cuestión.

—Sí. ¿Hemos de ir hasta allí?

—En efecto. Me parece que es el único sitio donde podremos considerarnos a salvo de la nube. Las rocas nos protegerán de cualquier emisión de ondas metálicas que puedan proceder de nuestros equipos.

Uller miró a la pantalla, apreciando que la nube amarilla descendía a su vez hacia la superficie, extendida en toda su amplitud, para abatirse sobre el lugar donde ellos se encontraban con la nave.

—No disponemos de mucho tiempo —agregó—. Lo mejor será que nos vayamos de aquí cuanto antes.

Después, señalando a sus dos equipos de emergencia, dijo:

—Carga con nuestro equipaje y corre hacia las grutas sin parar ni un segundo.

—¿Y tú?

—Yo me encargaré de llevar los equipos de colonización.

—¿No quieres abarcar demasiado?

El respondió con una mueca.

—Presiento que vamos a necesitarlo todo. Cuantas más cosas tengamos más posibilidades tendremos de sobrevivir. No sabemos lo que nos espera en este mundo y no estará de más que hagamos acopio de cuantos recursos tenemos ahora a nuestro alcance.

Uller volvió a mirar a la pantalla y gritó:

—¡Date prisa. Fela! ¡Coge los equipos y no te entretengas más! ¡No hay tiempo que perder!

Mientras ella obedecía, el kapitán Parod fue a abrir la compuerta de la nave que, como de costumbre, se atascó por el calor de la frotación atmosférica.

Mascullando sartas de maldiciones, renegando contra la deficiencia de aquellos mecanismos, el kapitán Parod logró al fin abrir la compuerta, haciéndose luego a un lado para que su compañera pudiera saltar fuera de la nave.

Por unos instantes, Uller permaneció inmóvil viendo alejarse a Fela de la *Koln-3*.

La mujer corría a trompicones, bajo el peso de la impedimenta que llevaba a su espalda.

El kapitán suspiró aliviado al ver que estaba ya a mitad de camino de las grutas, donde esperaba que ambos estarían a salvo. Alzó entonces la vista hacia el cielo y un sudor frío perló su frente al tiempo que un ramalazo de temor recorría su espina dorsal.

La nube amarilla continuaba descendiendo hacia la superficie del planeta, lenta e inexorablemente.

Uller reaccionó con rapidez y corrió al compartimento-estanco donde estaban almacenados los equipos destinados a la colonización. Cargó con tres de ellos y, doblándose casi bajo el peso de los mismos, regresó a la carrera a la compuerta de salida.

Esta vez no tuvo que perder tiempo esperando a que se abriera la compuerta. Al salir la teniente él la dejó abierta de par en par y por eso cuando llegó a ella pudo saltar fuera de la nave.

Tambaleándose como si estuviera ebrio, el kapitán Parod marchó tras los pasos de su compañera.

El hombre se mordió los labios al sentir que le flaqueaban las fuerzas. Por un instante tuvo la tentación de dejar caer al suelo alguno de los equipos que llevaba consigo. Hizo de tripas corazón y siguió adelante, no queriendo correr el riesgo de que la nube destruyese la impedimenta abandonada o que la contaminase dejándola inútil para siempre.

Mientras corría hacia las grutas, Uller alzó la vista para darse cuenta de que la nube se abatía ya sobre la nave.

—¡Nos hemos salvado por los pelos! —exclamó.

Y, con las fuerzas que le proporcionaba su misma desesperación, el kapitán Parod llegó a la primera de las grutas donde le aguardaba ya, con los brazos abiertos, su compañera Fela Seage.

—¡Lo conseguimos, Uller!

El la estrechó entre sus brazos y murmuró:

—Sí, querida. Por el momento al menos estamos sanos y salvos. Mañana... ¡Dios dirá!

Enlazados por la cintura, sintiéndose igual que náufragos en un mundo perdido, los dos volvieron la vista hacia la *Koln-3*.

La nube amarilla rodeaba ahora por completo la nave y apenas si podían apreciar su labor destructiva.

Ambos se estremecieron al pensar cuál pudo haber sido su suerte de haberse quedado allí, a merced de la nube letal.

Y, más que nunca, sintieron deseos de vivir.

* * *

El techo de la caverna parecía estar iluminado por los reflejos que de las dos lunas exteriores llegaban a su interior. Las gotas de agua que resbalaban por las estalactitas y estalagmitas del fondo se parecían a diminutas luciérnagas.

Uller miró a los ojos de la mujer, que reposaba a su lado, y creyó ver en sus pupilas la misma fosforescencia.

El hombre se inclinó sobre Fela y sonrió antes de besarla en los labios. Ella correspondió a la tierna caricia pero con mayor sensualidad, como si en su interior creciese un fuego abrasador que le hacía desear un abrazo más intenso, más posesivo.

—¡Qué feliz soy, Uller! —musitó.

—Yo también lo soy, cariño —susurró él junto a su oído mordisqueando el lóbulo de su oreja.

Ella le miró a los ojos y preguntó:

—¿Es porque estamos vivos o porque de verdad nos queremos? ¿Tú qué piensas, Uller?

—Ahora no pienso en eso. Me limito a vivir y a apreciar el regalo de esta existencia luego de haber creído que nos esperaba la muerte.

Fela volvió a abrazarle con renovado ardor y sus besos se hicieron más acuciantes, hambrientos casi. La sangre corría tumultuosa por sus venas y el corazón le latía a ritmo de vértigo.

El hombre la besó en el cuello, hundiéndose en la fragancia de sus senos cálidos y vibrantes.

Tiritando como si tuviese frío, Fela se enrolló sinuosamente en el cuerpo varonil ofreciéndose por entero.

Codiciando el abrazo y la posesión.

Un abrazo y una posesión que se cifraron en una mutua entrega hecha de pasión vital.

Una hora más tarde, mientras Uller respiraba el aroma excitante que se desprendía del cuerpo de la mujer, ésta se quedó dormida feliz y ahíta.

El kapitán Parod la contempló satisfecho, con la complacencia que proporcionan los sentidos ya saciados.

«¡Qué curiosos somos los seres humanos! —pensó—. Hace sólo unas horas nos sentíamos poco menos que condenados a perecer de un modo irremisible, y ahora, después de habernos salvado, ya volvemos a experimentar el deseo de vivir, de amar... Una nueva forma de vida se abre ante nosotros. No estaremos ya en nuestro mundo sino en este otro, perdido en la inmensidad del espacio, pero eso no será obstáculo para que lo podamos colonizar... y para eso —añadió sonriente—, no tenemos que hacer más que una cosa: vivir.»

Uller Parod parpadeó como si sus ideas siguieran un cauce diferente al que acababan de seguir y, hablando siempre consigo mismo, agregó:

«Vivir... y amar. Sobre todo esto último.»

Tras llegar a esta conclusión, el kapitán Parod se quedó dormido a su vez, reteniendo entre sus brazos el cuerpo cálido y perfumado de la mujer que era su compañera.

CAPITULO VI

Al salir de la gruta, pasando de la grata penumbra en ella reinante a la claridad del exterior, Uller Parod parpadeó deslumbrado por la luz violenta de los dos soles, que ponían tonalidades incandescentes en la tierra, ennegrecida, agrietada y reseca, que ahora le parecía como si hubiera sido calcinada.

No le extrañó la existencia de los dos soles.

Con anterioridad, el kapitán Parod había visto sistemas, no de uno ni de dos, sino hasta de cinco soles.

La primera vez que el entonces teniente piloto Parod se encontró con uno de aquellos complicados sistemas solares creyó que estaba viendo visiones; pero en seguida descubrió que no era así y lo hizo a su costa al ver que ninguno de los cálculos orbitales establecidos antes de alcanzar el sistema le sirvieron de nada.

Fue una desagradable experiencia.

Sin embargo, como todo en el Universo tiene su compensación, Uller se dijo que en las nuevas circunstancias en que se encontraba aquello podía servirle.

¿Servirle...?

¡Qué ideas tan absurdas las suyas!

¿Para qué necesitaba establecer cálculos orbitales ni contar con fuerzas gravitatorias o de atracción interplanetaria si no estaba navegando a bordo de ninguna nave espacial?

La suya, la *Koln-3,* había quedado destruida por la mancha amarilla y era ahora un amasijo metálico en pleno proceso de desintegración.

A eso y sólo a eso había quedado reducida.

Uller forzó una sonrisa que era, en realidad, una mueca amarga, porque la verdad él y Fela podían darse por satisfechos al vivir para poder contarlo.

Dominándose, Uller avanzó unos pasos examinando el desolado paisaje que le rodeaba.

Cuanto alcanzaba a divisar ofrecía el mismo aspecto árido y hostil, sin vegetación alguna.

Maldiciendo sordamente por haberse resignado a aceptar aquella misión de locos, Uller se dio cuenta de que había caminado más de la cuenta alejándose demasiado de la gruta. Experimentó al mismo tiempo la molestia del intenso calor reinante y la quemazón de los rayos solares en su cráneo, pero sobre todo en la nuca.

Sin dejar de rezongar, Uller dio media vuelta y regresó a la caverna para llamar a su compañera.

Fela acudió de inmediato.

La mujer movió la cabeza agitando su preciosa cabellera.

—¡Qué día tan espléndido! —exclamó.

—Tan espléndido como quieras, querida, pero será mejor que nos pongamos algo en la cabeza si no queremos padecer una insolación por partida doble.

Al oírle, ella miró instintivamente al cielo.

—¡Dos soles! ¡Qué maravilla!

—No te entusiasmes tanto y toma precauciones. Dos soles queman más que uno.

—Sí, claro.

Fela le miró feliz y sonriente. Hizo un gesto de asentimiento y volvió al interior de la cueva para salir a los pocos minutos con la cabellera recogida bajo un casquete con visera, ofreciéndole otro a él.

—¿Has descubierto alguna zona habitada? —le preguntó mientras él se cubría la cabeza.

El negó con un ademán.

—Ni habitada ni habitable. Esto es un páramo donde sólo pueden sobrevivir los gusanos.

Fela frunció el entrecejo y preguntó:

—¿Qué haremos entonces?

Con un encogimiento de hombros Uller respondió:

—Sólo tenemos un camino: irnos de aquí en busca de un sitio más apto para la vida humana.

La mujer se volvió hacia la gruta.

—¿Y cargaremos con todo eso?

—No, claro. Tendremos que dejarlo ahí y volver cuando hayamos encontrado un sitio más apropiado para instalamos. Nos llevaremos lo más imprescindible.

—De acuerdo, kapitán —sonrió ella—. Tú mandas.

Uller la enlazó por la cintura y la atrajo contra su cuerpo.

—Lamento verte metida en un asunto tan negro como éste...

—No es culpa tuya.

—No, claro. El responsable de todo es el altkomander, pero preferiría saberte a salvo y no en este mundo perdido en el Universo al que ni siquiera sabemos si vendrá alguien más.

Ella le miró a los ojos, inquisitiva.

—¿Piensas que el altkomander no mandará ninguna otra expedición a Phil-Jaux?

Uller lo pensó dos veces antes de responder.

—Sí, eso es precisamente lo que pienso.

—¿Por qué lo crees así? —objetó Fela—. Cumplimos sus instrucciones y transmitimos la información sobre el peligro que nos amenazaba y destruyó las otras naves.

El kapitán Parod respondió con un bufido.

—Lo hicimos, sí, pero no recibimos respuesta alguna. Ignoramos si nuestras comunicaciones llegaron a destino. Y además...

Uller dejó la frase en suspenso.

—Además... ¿qué? —acució ella.

El se encogió de hombros.

—Son ya dos las expediciones que se han perdido sin conseguir ningún resultado práctico. No ha habido asentamiento alguno. Si al menos hubiera habido lucha con los nativos de este mundo, si se supiera si existen por lo menos... Dudo mucho que en tales circunstancias el altkomander se arriesgue a hacer más intentos.

—Entonces... ¿nosotros?

Uller se limitó a mirarla a los ojos. Sin pronunciar palabra. Pero aquel silencio suyo era más elocuente que cualquier discurso. Equivalía a una sentencia.

Una sentencia fatal e inapelable.

Una sentencia de abandono.

O de muerte.

Fela sostuvo el peso de la mirada inquisitiva de su compañero y forzó una sonrisa.

—Antes hablaste de ir en busca de un lugar a propósito para instalarnos —le dijo con voz suave—. ¿A qué estamos esperando para marchar?

—Me gusta que seas así, Fela.

Y al hablar de aquel modo, Uller la abrazó con mayor fuerza, buscando sus labios para sellar con un beso la decisión que ambos habían tomado.

La de luchar juntos contra la adversidad, la de permanecer unidos.

Ambos sabían ya lo que les aguardaba: sobrevivir por su propio esfuerzo, o morir.

Pero, si había que morir, lo harían juntos.

Después de esto, sin vacilación alguna, los dos regresaron al interior de la gruta para preparar el equipaje que llevarían consigo. Lo más imprescindible, lo preciso para no sucumbir.

Media hora más tarde, cuando salieron de la caverna, Uller dejó sus cosas en el suelo y pidió a su compañera:

—Aguarda aquí un instante.

—¿Por qué? ¿Es que te vas?

—Sólo a lo alto de la colina.

—Iré contigo.

El movió la cabeza en sentido negativo.

—Sólo voy a poner un hito que nos sirva de referencia cuando volvamos en busca del

resto de nuestros equipos. De paso echaré una mirada para cerciorarme de si el panorama es el mismo o si hay indicios de vegetación en alguna parte.

—Está bien —replicó Fela—. Te esperaré aquí, por favor no tardes. Me siento más segura teniéndote a mi lado.

Uller sonrió y le acarició la mejilla.

—No temas, mujer. En seguida me reuniré contigo.

Y, luego de darle una amistosa palmada, Uller emprendió a largas zancadas, el ascenso de la empinada pendiente para subir a lo más alto de la colina.

* * *

Resoplando y jadeante por el esfuerzo realizado, Uller llegó a la cima de la colina y se dispuso a colocar el hito que había de servir como punto de referencia cuando quisiera localizar la gruta.

Mientras recobraba el aliento y se regularizaba su respiración, Uller dirigió una mirada en torno suyo.

El páramo, aquella zona desértica, se extendía a todo lo que alcanzaba su vista.

Sin embargo, muy lejos, casi en la línea del horizonte, Uller creyó ver una especie de franja que, a los rayos de los dos soles, lo mismo azuleaba que parecía verdear.

«Puede ser agua... o tierra con vegetación.», pensó.

Aquello pareció darle nuevos ánimos y, después de tomar nota mentalmente del camino a seguir, colocó el hito de forma que pudiera ser fácilmente visible desde la llanura. Y, sin pérdida de tiempo, descendió por la ladera para reunirse con Fela.

—Pareces contento —comentó ella al verle aparecer—. ¿Encontraste algo?

—No sé bien de qué se trata —le explicó Uller—, pero en el horizonte me pareció descubrir una zona que no tenía el color requemado y ennegrecido de esta tierra. Parecía verde o azul.

—¿Una zona con vegetación?

—O con agua.

Uller se agachó para cargar con su equipo y añadió:

—Tanto si es lo uno como lo otro, por lo menos cambia el panorama que tenemos aquí. Iremos en esa dirección.

Y, dando el ejemplo a la mujer, echó a andar alejándose de la colina en la que estaba la gruta donde quedaba la mayor parte de su equipo.

Los dos soles seguían en lo alto, descargando sus rayos ardientes sobre aquella tierra hostil, en la que, como había dicho el propio kapitán Parod, sólo los gusanos podían sobrevivir.

Y tanto Fela como él no eran gusanos.

Ellos eran dos seres humanos.

Condenados quizás a morir extenuados, por agotamiento, pero que desde luego no se rendirían fácilmente.

La prueba estaba precisamente en que ambos marchaban, uno detrás del otro, allá donde vislumbraban la posibilidad de una esperanza, quizá donde estaría su salvación.

* * *

—¡No puedo más! —exclamó Fela dejándose caer de rodillas en el suelo—. ¡Estoy agotada!

Uller la miró con pena, pero se sobrepuso a esa impresión, que equivalía a confesarse vencidos.

—Tenemos que seguir adelante, Fela. Un poco más. Hasta que los soles dejen de iluminar la tierra. Ahora no debemos detenernos.

Ella se revolvió furiosa.

—¿Es que no eres humano? ¡Soy incapaz de dar un paso más!

—Tienes que hacerlo.

—Podemos esperar a la noche.

Uller movió negativamente la cabeza.

—Estamos en un mundo desconocido. No sabemos si en este páramo hay alimañas que salen a cazar cuando desaparecen los soles. Es preciso encontrar un refugio donde pasar la noche si queremos ver nacer un nuevo día.

El kapitán Parod se inclinó hacia la mujer y le ofreció su mano diciéndole:

—Vamos, levanta. Haz un esfuerzo.

—Te juro que no puedo, Uller... ¡De verdad no puedo con mi alma! —gimió ella.

El se agachó para quitar de su espalda el equipo que transportara Fela hasta allí y lo añadió al que llevaba consigo.

—Vamos, levántate —la dijo enderezando el cuerpo—. Ahora no te pesará esto y podrás continuar la marcha.

—¿Y tú? —objetó Fela— ¿Crees que resistirás mucho tiempo llevando el doble de carga? ¡Estás loco!

—No, no estoy loco, pero hemos de seguir adelante. Déjate ya de compadecerte y echa a andar.

Fela refunfuñó pero, dominada por la fuerte personalidad y la resolución del hombre, reanudó la marcha.

Las siluetas de ambos se recortaron nuevamente en la amplia y desértica llanura, caminando como sonámbulos, mientras los dos soles se dirigían hacia su ocaso

CAPITULO VII

El viento se levantó de pronto y cobró fuerza por momentos, hasta convertirse en un huracán.

Fela se dejó caer de bruces y, ocultando la cara entre las manos, se puso a llorar con desconsuelo.

Abyecta y desesperadamente.

El trató de darle ánimos.

—No dejes que esto te venza. Es sólo una ligera contrariedad, pero si lo miras por el lado bueno verás que nos servirá de ayuda. El viento sopla a favor nuestro.

La mujer le miró irritada.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Es que me tomas por tonta?

—Lo digo porque es verdad —insistió él con vehemencia—. Fíjate en cuál es la dirección del viento. ¡La misma que seguimos nosotros! ¡La misma!

A pesar suyo, Fela sacó la cabeza de entre las manos e hizo lo que él pedía.

Uller le había dicho la verdad.

El huracán levantaba remolinos de arena negra y los empujaba hacia delante, llevándolos más allá de donde ellos se encontraban, a la línea verdeante a la que se dirigían.

—¡Vamos, Fela! —gritó el kapitán Parod, para hacerse escuchar por encima del fragor de la tormenta—. Dame la mano y prosigamos la marcha. Cada vez nos falta menos.

A regañadientes, la mujer se asió con su diestra a la mano que él le tendía y con la izquierda a su muñeca.

Uller aprovechó la ocasión para tirar con fuerza obligándola a levantarse y a continuar andando.

El color del cielo estaba cambiando, tornándose violeta primero para convertirse luego en gris. Los soles habían dejado ya de brillar y en su lugar dos pálidas lunas proyectaban una luz mortecina sobre la superficie del planeta.

La noche estaba cerrando sobre Phil-Jaux sin que la pareja hubiese encontrado aún nada que pudiera servirles de refugio.

Adelantándose a las preguntas que esperaba le formulara Fela, el kapitán comentó en voz alta:

—No hay mal que por bien no venga.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sencillamente, que mientras dure esta tormenta no habrá ninguna fiera que se arriesgue a salir del cubil para ir de caza. Eso nos libra de una preocupación... y de un peligro.

—¡Qué optimista!

—Optimista, no —le rectificó él—. Tan sólo realista.

Fela rió con amargura.

—Entonces nosotros dos somos más locos que las mismas fieras porque estamos a la intemperie.

—De acuerdo —convino él—, pero confío en que no tardaremos mucho en hallar cobijo.

—¡Ojalá! —musitó ella con fervor.

Uller no replicó y, a pesar de que caminaba doblado casi bajo el peso de los dos equipos y que además aún tenía que tirar de la propia Fela para que no se derrumbara definitivamente, siguió hacia delante como si en ello le fuera la vida.

Y así era, ciertamente.

En aquella marcha le iba su propia vida y la de su compañera.

De pronto, el hombre se detuvo venteando el aire igual que lo haría un perro de caza.

—Este olor...

Fela se detuvo a su vez y preguntó sorprendida:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te has parado?

El kapitán Parod soltó su mano y dirigió una mirada en tomo suyo con avidez propia de hambriento.

—Este olor... —repitió de nuevo—. Parece como si alguien asara pescado.

—¡Desvarías!

—No, Fela. No desvarío —insistió él venteando el aire, olfateando—. Estoy seguro de que no lejos de aquí alguien está asando pescado. Y eso sólo puede significar una cosa.

—¿Cuál?

—Sí —afirmó tajante—. ¡Qué hay seres humanos cerca!

Fela le miró esperanzada.

Durante varios minutos más el kapitán Parod continuó en aquella actitud. Tenía el rostro alzado y las aletas de su nariz se agitaban como si percibiesen aquel olor salvador. El hombre trataba de descubrir la procedencia de lo que parecía un aroma delicioso, porque podía llevarles a un lugar seguro.

¡Había un refugio cerca!

Un sitio donde Fela y él podrían descansar, comer a sus anchas, reponer fuerzas.

Al fin, cuando creyó haber localizado su objetivo, Uller se encaminó hacia el oeste, apartándose de la ruta seguida hasta entonces, orientándose por el olor que se hacía cada vez más perceptible.

Unos minutos más tarde la propia Fela confirmó sus esperanzas.

—Tenías razón, Uller. También yo lo huelo ahora.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios del hombre que, instintivamente aceleró el paso.

—Por favor —suplicó Fela—. No vayas tan a prisa. ¡No puedo seguirte!

El se dio la vuelta para contemplarla y aminoró la marcha.

—Además —añadió ella—, has olvidado un detalle importante.

—¿Cuál?

—Aún no sabemos qué clase de gente encontraremos, si nos recibirán como amigos... o como enemigos.

El kapitán Parod se detuvo en seco.

Las palabras de Fela acababan de poner sobreaviso al oficial, el cual se reprochó a sí mismo no haber pensado antes en aquella posibilidad de peligro.

No era propio de un agente colonizador, destacado a un mundo extraño, comportarse de un modo tan inconsciente, descuidando la propia seguridad y la de su compañera.

Ambos tenían una misión que cumplir y para realizarla debían ser prudentes, precavidos.

Las dudas y la indecisión duraron escasos segundos.

Cuando el kapitán Parod volvió a hablar lo hizo bajando el tono de su voz pero al mismo tiempo con firmeza.

—Seguiremos adelante —dijo—, pero efectivamente, tomaremos precauciones por si los habitantes de aquí se mostraran hostiles. No dejaremos nada al azar.

Uller soltó el equipo de la mujer, que llevaba amarrado al suyo propio, y lo dejó en el suelo al tiempo que le decía:

—Ahora será preciso que cargues con tu equipo, a menos que prefieras quedarte atrás, sola, esperando a que yo resuelva el problema y sepa a qué atenerme respecto a la gente de aquí.

—¡Ni hablar de eso! —protestó Fela —. ¡No me quedaría sola ni por todo el oro de! mundo!

—Era sólo una posibilidad —apuntó él—, pero si decides continuar adelante, conmigo, tendrás que aligerarme de parte del peso. Yo no puedo llevar tanta carga y hacer uso de las armas al mismo tiempo. Necesito tener las manos libres.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—No te preocupes, Uller. Cargaré con mi equipo.

Fela dobló el cuerpo, penosamente, para recoger su impedimenta y cargarla sobre sus espaldas.

El kapitán Parod la miró compadeciéndose del esfuerzo que debía realizar la mujer para estar a la altura de las circunstancias, pero no hizo el menor comentario.

—¿Estás dispuesta? —se limitó a preguntar.

Ella contestó con un gruñido afirmativo.

—Buena chica —dijo él reanudando la marcha—. Te prometo que no tardaremos mucho en poder descansar.

—Descansar, sí... y comer pescado.

—Exacto —afirmó él—. También comeremos.

Hablando de lo que podrían hacer cuando encontrasen el refugio deseado, los dos siguieron avanzando por aquel terreno árido y reseco, teniendo el viento a su espalda.

El huracán estaba amainando cuando Uller señaló hacia delante y, sofocando un grito de alegría, dijo:

—El paisaje está cambiando. Ya se ve vegetación.

—Es verdad —convino ella—. Parece un cañaveral.

—Eso quiere decir que hay agua cerca.

—Es lo lógico —comentó Fela burlona—. No pensarías que los pescados que están asando procedan de las nubes.

—No, claro —dijo él—, pero también podía tratarse de un animal cuyo olor confundiésemos con el del pescado. ¡A saber cuál es la fauna de este mundo!

Los dos guardaron silencio y continuaron la marcha, orientándose gracias a aquel olor penetrante, que les llegaba ya de modo claro e indistinto.

Diez minutos después, Uller descubrió la cabaña.

Se trataba de una tosca edificación hecha de troncos y adobes, levantada sobre varios pilares de madera que parecían haber sido clavados en la orilla de un pantano, que se veía rodeado enteramente por un espeso y denso cañaveral.

El kapitán Parod avanzó sigiloso hasta llegar a unos cuantos metros de la choza lacustre. Dejó en el suelo, cuidadosamente, su impedimenta y empuñando con la mano derecha su desintegrador, se alzó hasta la plataforma de madera, asiéndose al borde de ésta para echar una rápida ojeada a la cabaña.

El olor había cesado, pero ya no lo necesitaba para guiarse. El y Fela habían alcanzado su objetivo.

Agazapándose y procurando no hacer el menor ruido, Uller se deslizó por la plataforma de troncos hasta ganar la puerta de la cabaña de cuyo interior le llegaba un rumor, producido por alguien al moverse descuidadamente.

Uller no aguardó más.

Irguiéndose cuan alto era y empuñando con firmeza el desintegrador, irrumpió en el interior de la cabaña gritando:

—¡Qué nadie se mueva!

Un chillido de sorpresa fue la respuesta que obtuvo.

Quien lo había lanzado se giró hacia el intruso y le miró con ojos desorbitados por el espanto, dejando caer al mismo tiempo la bandeja que contenía el pescado recién asado.

El kapitán Parod comprendió al instante que no se encontraba ante ningún enemigo, que no tenía nada que temer.

La persona a la que acababa de sorprender, la que había gritado, era una mujer.

¡Una mujer...!

CAPITULO VIII

—¿Vive alguien más en esta cabaña?

—No.

—¿No hay ningún hombre contigo?

Ella volvió a negar con un ademán, añadiendo a modo de explicación:

—Tenía un compañero, pero una banda de merodeadores asaltó nuestra cabaña y le dieron muerte.

—¿Y te dejaron con vida?

Ella hizo una mueca que hablaba de resignación y de frustración acumuladas.

—Soy mujer... y obtuvieron de mí lo que querían.

—Comprendo.

Los ojos de la ocupante de la cabaña brillaron.

—¿Estás sólo?

Uller recordó entonces que Fela aguardaba su señal para reunirse con él y movió la cabeza negativamente.

—Mi compañera está conmigo —explicó—. Voy a llamarla.

El kapitán Parod se asomó a la puerta de la cabaña y silbó en la forma convenida para que Fela avanzara con la seguridad de que no correría peligro.

Instantes después la teniente Seage entraba en la choza y descubría la presencia de la otra mujer.

Fela miró interrogativamente a su compañero.

—Es la dueña de esta cabaña. Unos merodeadores mataron a su compañero. Sobrevive gracias a la pesca.

Fela sonrió a la mujer y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Xavia. ¿Y tú?

—Fela. Y él es mi hombre, el kapitán Uller Parod.

Con aquellas palabras la teniente Seage parecía querer que quedasen claras las posiciones de ambas respecto al hombre. Así lo entendió la llamada Xavia que, agachándose, recogió el pescado asado que se había desparramado por el suelo.

—No pesqué mucho hoy. Sólo puedo ofreceros esto.

—Tranquila, amiga —sonrió nuevamente Fela—. Nosotros tenemos algo más para comer.

Y, descargando su equipaje, rebuscó en él, para abrir uno de los paquetes con las raciones RH.

Antes de sentarse a la mesa con las dos mujeres, el kapitán Parod echó una ojeada fuera de la cabaña.

—¿A qué se debe que tu vivienda esté sobre pilares? ¿Es que de ese modo imaginas que puedes librarte del acoso de los merodeadores de que me hablaste?

—No es por eso —respondió Xavia.

—¿Entonces...?

—Es para evitar que lleguen hasta aquí los animales que habitan en el pantano. Los hay venenosos y la mayoría de ellos son carniceros muy feroces.

Como una confirmación a sus palabras, cerca de la cabaña se dejó oír un siniestro alarido. Uller se puso en pie de un salto mientras Xavia, muy tranquila, le decía:

—Es un verdón. Se acercará hasta los pilares pero no podrá subir hasta la plataforma. Comed tranquilos.

Uller movió la cabeza, negativamente.

—No podría engullir un bocado sabiendo que un bicho anda cerca de donde yo estoy. Lo

quitaré de en medio. Será cuestión de segundos.

Luego, queriendo hacer una demostración de fuerza a Xavia, para impresionarla y quitarle cualquier mala idea de la cabeza, la invitó a salir con él a la plataforma.

—Acompáñame —le dijo—. Tú me indicarás qué bicho es ése y dónde se esconde. Yo no conozco tu mundo.

La mujer le siguió impulsada por la curiosidad.

Fela salió también a la plataforma, pero a ella la movían unos celos incipientes. Se había dado cuenta de que la dueña de la cabaña, además de su condición de mujer necesitada de amparo y de protección, tenía todos los encantos y atractivos de una hembra en sazón.

Uller se adelantó hasta el borde mismo de la plataforma, con el desintegrador en la mano. Xavia se situó a su lado, y tras escrutar entre el cañaveral, señaló al lugar donde se hallaba oculto el peligroso monstruo de los pantanos de Phil-Jaux.

—¡Allí está, Uller! —gritó señalando al animal—. A punto de saltar al agua desde las cañas.

El kapitán Parod no dijo palabra, limitándose a apuntar el cañón de su arma a la cabeza del monstruo que tenía aspecto similar al de una iguana escamosa.

—Ya lo veo... —dijo Uller.

El hombre apretó el disparador y un rayo desintegrante brotó de su arma alcanzando de lleno al animal que, emitiendo un sordo rugido, se estremeció y retorció entre las cañas antes de quedar yerto en el suelo y de comenzar a desintegrarse.

Xavia miró con admiración al hombre que poseía un arma tan eficaz como aquélla. Le prodigó los elogios y se hizo a un lado cuando él se dispuso a entrar de nuevo en la cabaña.

Fela les siguió a su vez, renegando «in mente». La demostración de Uller le parecía decisoria para ganarse a la hembra aquella de los pantanos y, por un instante, vio en Xavia a una enemiga mucho más peligrosa que el propio verdón que acababa de ser desintegrado.

Lo que ella ni los demás sabían era que otros enemigos habían sido testigos de la misma demostración de Uller Parod y que codiciaban la que les parecía un arma fabulosa, más propia de dioses que de simples seres humanos.

Un arma que, a su juicio, equivalía a detentar el poder máximo y la fuerza.

Justo, precisamente, lo que codiciaba Kailoz el jefe de una de aquellas pandillas de merodeadores que infestaban los pantanos de Phil-Jaux.

* * *

—No podemos permitir que un arma como ésa caiga en manos de nuestros rivales. ¡Tiene que ser para nosotros!

Al hablar, Kailoz miró con fiereza a sus subordinados, sobre los cuales ejercía un poder tiránico sobre la base de la crueldad de que hacía gala y una violencia incontrolable.

Era astuto y taimado, sí; pero sobre todo era feroz.

Una fiera con apariencia humana.

Por eso ninguno de cuantos estaban a su lado, a sus órdenes, se atrevían a discutir uno cualquiera de sus mandatos.

Seguro de su poder sobre los componentes de su partida, Kailoz expuso el plan que había ideado:

—Lo primero que debe hacerse es montar un servicio de vigilancia para caer sobre ese hombre en cuanto se nos ponga a tiro... o capturar a las mujeres y obligarle a rendir su arma para salvarlas a ellas.

Uno de los hombres se permitió hacer una objeción.

—Ninguna mujer vale lo que ese arma.

Kailoz le miró furioso.

—Para ti y para mí no, desde luego. Pero ese tipo me parece de la raza de los humanos que ayudan a los desvalidos y a los indefensos. No es duro como nosotros. Por eso estoy seguro de que si las cogemos prisioneras a ellas y le amenazamos con hacerlas pedazos nos dará el arma sin discutir.

El merodeador plegó velas.

—Si tú lo crees así...

—Lo creo y estoy seguro de no equivocarme.

Tras una afirmación tan tajante como aquélla nadie osó continuar discutiendo con Kailoz, el cual montó su dispositivo de vigilancia para estar al corriente de todos los pasos que dieran los ocupantes de la cabaña. Igual los del hombre que los de las mujeres.

—Ahora —murmuró el cabecilla de los merodeadores frotándose las manos muy eufórico —, sólo nos resta esperar a que ellos den el primer paso.

Y, la verdad sea dicha, Kailoz no tuvo que esperar demasiado.

* * *

Xavia se había acostado en un rincón de la cabaña, encima de un entresijo de cañas cubierto por varias pieles. Desde allí espiaba lo que hacía la pareja para los que había preparado acomodo un poco más allá, pero no lo suficientemente lejos como para no oír lo que decían y, sobre todo, para escuchar los gemidos de la mujer al gozar del placer que él la brindaba.

La dueña de la choza lacustre se mordió los labios para no gritar de despecho, de celos.

Aunque no quisiera confesarlo, Xavia estaba encelada como una hembra insatisfecha.

Ella tenía también sus apetencias, sus deseos... pero no tenía con quién satisfacerlos.

En ese momento, mientras escuchaba los suspiros de Fela, habría dado cualquier cosa por que estuviese allí su compañero, aquel a quien dieron muerte los merodeadores. Incluso le habrían satisfecho éstos haciéndola suya otra vez. Uno detrás de otro, igual que aquella maldita noche en que se convirtió en una mujer solitaria.

Renegando entre dientes, Xavia se dio la vuelta para no ver a la pareja y se tapó los oídos para no escucharles.

Pero, a pesar de eso, le costó mucho dormirse y cuando lo consiguió su sueño estuvo plagado de pesadillas.

Xavia se vio a sí misma avanzando a través del cañaveral, sorteando las afiladas garras de los verdones, eludiendo sus lenguas emponzoñadas, que sin embargo la atraían con toda la magia del tabú.

La mujer sintió que las cañas desgarraban sus ropas y le herían la carne, sin que pudiera hacer nada por impedirlo.

Las heridas eran tanto más dolorosas cuanto resultaban sorpresivas, inesperadas.

Su paso se hacía tambaleante e indeciso. Sin embargo continuaba avanzando en una dirección que la conducía directamente a los brazos de aquel hombre poderoso que la aguardaba desnudo, sonriente...

Ella gimió en sueños al imaginar que las manos de él recorrían su cuerpo acariciadoras, provocando en su piel ardores y estremecimientos que contribuían a aumentar su turbación y hacían más dolorosa la pesadilla por lo que ésta tenía de irreal.

Xavia despertó sobresaltada y se sentó en su lecho de cañas mirando en torno suyo.

La pareja de forasteros dormía ahora a pierna suelta.

Estrechamente enlazados.

Igual que los amantes saciados. Como ella no lo estaba ni podía estarlo.

Se puso en pie irritada y salió a la plataforma para respirar el aire de la noche.

Las dos lunas, en el cielo, parecían focos mortecinos que alumbrasen Phil-Jaux con una luz difusa y casi fantasmagórica.

Durante cerca de media hora permaneció allí, expuesta al relente del inminente amanecer, sin importarle que su cuerpo se estuviera enfriando, antes bien gozando de aquella sensación que, por lo menos, servía para devolver la calma a su excitada carne.

Los ojos de Xavia se acostumbraron a la semioscuridad reinante y fue gracias a eso que la mujer descubrió al primero de los centinelas dejado por Kailoz en la linde del pantano.

«Los merodeadores andan cerca y nos están vigilando —pensó sintiendo que un vago temor crecía dentro de ella—. Deben haber descubierto la presencia de la pareja de extranjeros en mi cabaña.»

Aquello la llevó a pensar que tal vez el cabecilla pudo haber visto, igual que ella, cómo

Uller eliminaba al verdón de un modo tan eficaz como fulminante.

«Estarán al acecho —se dijo—, con la pretensión tal vez de quitarle a él su prodigiosa arma.»

La preocupación que nació en ella se transformó de inmediato, convirtiéndose en un sentimiento revanchista que abarcaba a la compañera del hombre que codiciaba para sí.

Xavia trató de imaginar qué estaría pensando el astuto Kailoz. Ni por un momento dudó de su codicia y que la vigilancia de que les hacía objeto no podía tener otra finalidad que la de tratar de arrebatarle a Uller su arma.

Una sonrisa vindicativa afloró a los labios de Xavia.

Recordó lo que hablaron sus huéspedes mientras cenaban. El se había referido a la mayor parte de su impedimenta, al equipo destinado a la colonización, y que decía haber dejado en una gruta a la que era preciso llegar para recuperar aquel material.

Xavia regresó al interior de la choza y contempló a los durmientes. A ella con odio cerval y a Uller con deseo difícilmente contenido.

Un plan fue perfilándose en la mente enfebrecida de Xavia que, sin vacilar ya, se inclinó para despertar al kapitán Parod.

—¿Qué sucede? —inquirió él incorporándose.

—Estuve pensando respecto a que era preciso recuperar el material que dejasteis en la gruta de las colinas.

—¿Y para eso me despiertas? —protestó él—. Pudiste esperar a que amaneciese.

Ella movió negativamente la cabeza.

—Temo que no.

—¿Por qué?

—Aquélla es la zona frecuentada por los merodeadores. Si ellos encontrasen vuestros equipos os quedaríais sin ellos.

—¡Bah! No sabrían utilizarlos. Son demasiado sofisticados para ellos.

—En eso estoy de acuerdo —replicó Xavia—, pero eso no les impediría que se irritasen y los destruyesen.

—Es verdad... No había pensado en ello.

—Por eso te he despertado. Creo que lo mejor es ir allá inmediatamente y recogerlo todo antes de que sea demasiado tarde.

Uller asintió gravemente y se dispuso a despertar a su compañera, pero Xavia se lo impidió sujetándole el brazo.

—Déjala que siga durmiendo. Está rendida de cansancio.

—Nos hará falta para traer hasta aquí toda la impedimenta. Es demasiado pesada para dos personas.

Xavia contestó con tono seguro.

—No la necesitarás para nada. Dispongo de una carretilla de mano y podremos cargar fácilmente con todo y estar aquí de regreso antes que tu compañera despierte.

Uller vaciló un instante, pero la mujer insistió en que no había tiempo que perder y, viendo por otra parte que Fela estaba en verdad agotada por los esfuerzos del día anterior, se avino a hacer lo que le indicara Xavia.

Instantes después los dos abandonaban la cabaña lacustre y, después de sacar de su escondrijo la carretilla, emprendieron la marcha hacia las colinas.

Los dos marchaban a buen paso, pero mientras se alejaban del pantano, Xavia oyó un ululante silbido que parecía emitido por un animal, pero que ella identificó inmediatamente como una de las señales que intercambiaban entre ellos los merodeadores.

Sonrió y siguió avanzando.

CAPITULO IX

El espía puesto por Kailoz hizo una mueca triunfal cuando vio cómo Xavia y el extranjero abandonaban la cabaña lacustre.

«El jefe estaba en lo cierto —pensó complacido—. ¡No se le escapa ni una sola!»

Acto seguido, el merodeador lanzó un silbido ululante que equivalía a una llamada de alerta, y al que respondió el propio Kailoz, presentándose en aquel puesto de observación a los pocos minutos.

—¿Alguna novedad, Walstam?

El aludido rió de oreja a oreja.

—Ya lo creo, Kailoz. Se han largado dos. Una de las mujeres y el hombre. Ahora en la cabaña sólo queda una de ellas.

-¿Cuál?

—La extranjera.

—¡Estupendo! —exclamó Kailoz frotándose las manos y relamiéndose de placer anticipado.

Luego, ante la mirada expectante de Walstam, el cabecilla añadió:

—De haber sido nuestra compatriota la que se quedase en la cabaña no estaría seguro de la reacción de ese extranjero ante nuestras amenazas de hacerla pedazos, pero siendo así... la cosa cambia. Estoy convencido de que no querrá le hagamos daño y se avendrá a todo con tal de salvarla.

Walstam puso cara de pesar.

—¿Y no le haremos nada a la extranjera?

—Nos divertiremos con ella, pero sólo un poco. Nos interesa que esté en condiciones de hablar y de quejarse a su compañero para que éste se avenga a razones y nos entregue su arma.

Walstam señaló entonces a la cabaña.

—Entonces... ¿vamos a por ella?

—Desde luego. ¡Llama a los demás!

El vigilante no se lo hizo decir dos veces. Puso dos dedos en su boca y emitió otro silbido, pero éste más estridente que el anterior correspondiente a una llamada a reunión.

A los pocos instantes la partida de merodeadores estaba reunida ya en la linde del pantano, enfrente mismo de la cabaña lacustre en la que Fela dormía muy tranquila, totalmente ajena al peligro que se cernía sobre ella, el cual se concretó cuando a una señal de Kailoz los peligrosos habitantes de los pantanos avanzaron como un solo hombre hacia aquel refugio que había dejado de ser seguro.

Uno tras otro, en pos de Kailoz, subieron a la plataforma y ocuparon posiciones delante de la puerta y ventanas para que su presa no pudiera escapárseles.

Kailoz comprobó que todo estaba en orden y gritó:

—¡Adelante! ¡Vamos a por ella!

Y él el primero irrumpió en la choza, en el preciso momento en que Fela despertaba sobresaltada y, al verle abalanzarse sobre ella, lanzaba un grito de pavor.

* * *

Durante un par de horas avanzaron por la desolada llanura, en la que ahora no soplaba ni pizca de viento. Los pies de Xavia y del capitán se hundían sin embargo en el polvo que, acumulado en algunos lugares, alcanzaba profundidades de casi medio metro y provocaba caídas, con el consiguiente entorpecimiento de su marcha.

El primero de los dos soles apareció repentinamente por encima de las colinas. Era el más potente y aquel cuya luz se difundía con mayor fuerza. El otro sol apareció en el horizonte casi media hora después, uniéndose sus rayos caliginosos a los del primero, con lo que la temperatura en el llano creció en intensidad rápidamente.

Xavia se detuvo un momento para hacer una recomendación a su acompañante, a quien ella habría querido llamar compañero.

Pero Uller no lo era de ella, sino de la otra mujer, de Fela, aquella que se había quedado en la cabaña.

—Conviene que te cubras la cabeza —le indicó con tono protector—. Quienes vivimos aquí ya estamos acostumbrados a nuestros soles pero dudo que tú puedas soportarlo.

—Tienes razón...

Uller hizo lo que ella le decía y siguió caminando.

La mujer fue tras él, procurando situarse a su lado, mirándole a hurtadillas y pensando que si la suerte estaba de su parte no tardaría en tenerlo para ella sola.

«Supongo que Kailoz y sus rapaces se estarán ocupando ya de aquella maldita Fela.»

La idea la hizo sonreír y sentirse complacida.

Y eso que no sabía hasta qué punto se estaban cumpliendo sus deseos respecto a la rival que tanto odiaba, de la cual los merodeadores se estaban posesionando por turno, uno detrás de otro, implacables en su salacidad desmedida.

Xavia se pasó una mano por la cabeza y al darse cuenta de que él la estaba observando se limitó a señalar al horizonte, donde se recortaba la silueta de las colinas.

—Ya falta poco para que lleguemos.

—Sí, pero... dudo que estemos de regreso en tu cabaña antes de que Fela despierte.

—Bueno —replicó ella encogiéndose de hombros—. No creo que se asuste por estar sola un rato.

—No, claro.

Pero a pesar de sus palabras, Uller no las tenía todas consigo y en ese momento lamentó no haber despertado a su compañera para decirle, al menos, que se iba a las colinas con Xavia para recoger el resto de sus equipos de colonización.

De todos modos ya era tarde para rectificar y lo único que podía hacer era no demorarse en exceso.

Uller apretó el paso.

La mujer adivinó cuál era su propósito y sonrió.

Instintivamente, Xavia aflojó el paso y cuando él trató de reprochárselo, se limitó a decirle:

—No soy de acero sino una mujer de carne y hueso. También yo tengo derecho a cansarme.

El kapitán Parod respondió con un gruñido, pero pensando que ella tenía razón acomodó su paso al de la mujer.

Así, cuando ambos llegaron al pie de las colinas donde se encontraba la gruta, señalizada por el hito dejado el día antes por Uller, los dos soles lucían ya en el cielo.

* * *

—¿Uller?

—¿Qué?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—Es que se trata de algo muy personal.

—Bien, di de qué se trata.

Xavia tragó saliva antes de hablar.

—Es referente a Fela... tu compañera.

El kapitán giró el rostro, adivinando lo que le preocupaba a la mujer. Sabía que Xavia estaba sola desde hacía tiempo y que debía experimentar la necesidad de tener un hombre a su lado. Además, pensando en lo que Fela y él hicieron antes de dormirse, se sintió mucho más

incómodo. Imaginó que la otra debió oírles mientras disfrutaban de la unión de sus cuerpos y que eso tuvo que excitarla.

Uller esperó, sin embargo, a que la mujer se explicase con mayor claridad.

—Vosotros dos estáis muy unidos, ¿verdad?

—Sí, Xavia. Por eso fuimos elegidos como una de las parejas colonizadoras.

Ella pareció vacilar antes de proseguir.

—En vuestro mundo las uniones se hacen siempre a través de una pareja. ¿No hay otro modo de juntarse los hombres con las mujeres?

—La hay, claro está, pero no está bien visto. Nuestras leyes estipulan que un hombre se una con su compañera y que nadie más forme parte de esa unidad.

Xavia frunció el entrecejo y murmuró pensativa:

—En nuestro mundo las cosas son distintas.

—¿Sí?

La mujer le miró a los ojos, de frente.

—Después de que sufriésemos la gran hecatombe, el número de mujeres es, con mucho, superior al de los hombres. Por eso no se mantiene a rajatabla la vieja ley de la unión por parejas.

—Entonces... ¿cuál es vuestra ley actual?

Xavia se encogió de hombros y murmuró:

—Lo que importa es que las mujeres tengamos hijos, cuantos más mejor, siempre y cuando los padres no sean de los mutantes que resultaron afectados por la gran hecatombe. A ésos se les elimina allá donde se les encuentra para que no puedan engendrar monstruos.

—¡Esa si es una monstruosidad!

Ella hizo una mueca burlona.

—¿Monstruosidad? ¡No me hagas reír! ¡Cómo se nota que no has visto ninguno de los nacidos de una de esas uniones! ¡De un mutante y de una mujer normal sólo nacen seres tarados, deformes, que no están en condiciones de sobrevivir en nuestro mundo! ¡También a ellos se les destruye si se les encuentra!

Xavia le miró a los ojos con fijeza.

—Por eso ninguna mujer de Phil-Jaux protesta si un hombre normal, sea merodeador o no, la hace suya por la fuerza. Pero, claro está, cualquiera de nosotras prefiere elegir a su compañero.

La mujer se le acercó insinuante, sin dejar de mirarle a los ojos. Paseó la lengua húmeda por los labios que parecían estar resecos de deseo y se pegó a él, abrazándole mimosa y tierna.

—Yo quisiera —le dijo con voz bronca— que tú me aceptases por compañera tuya.

—Te olvidas de Fela —replicó él, pero sin hacer nada por alejarla de su lado.

—¡Qué importa ella ahora!

—Es mi compañera.

—En tu mundo puede que sí lo sea, pero ahora estás en el mío y ya te dije lo que pasa aquí. Yo estoy sana y tú también, ¿por qué has de privarme del placer de tener un hijo tuyo? ¿O de gozar al menos de una unión satisfactoria?

Xavia se frotó contra el cuerpo del hombre, incapaz de resistir ya a una tentación tan atrayente.

—¿Es que no me encuentras de tu gusto?

—Claro que sí, pero...

—No hay pero que valga, Uller. Los dos estamos en la flor de la vida y tenemos derecho a gozar de ésta.

La mujer le sujetó por la muñeca y tiró de él hacia el interior de la caverna.

—Vamos, tonto. No te hagas de rogar.

—Espera, Xavia.

—¿Qué he de esperar?

—Las cosas no pueden ser tan simples.

—¿Por qué no?

Uller tragó saliva.

—No estoy acostumbrado a que sea una mujer quien decida por mí lo que debo hacer... y

menos en ese sentido.

Xavia volvió a abrazarse a él, frotándose mimosa y excitante. Sus labios tentadores se entreabrieron para mordisquearle en el cuello, en el lóbulo de una oreja, susurrándole al mismo tiempo:

—No estás acostumbrado, conforme… pero ésta será la primera vez y te aseguro que no la última.

Ella insistió con creciente vehemencia.

—¿Por qué me rechazas? ¿Es que no ves lo mucho que te necesito y cuánto te deseo?

Aquellas palabras y la actitud de la hermosa mujer eran de lo más halagador para el kapitán Parod.

Cuando él aceptó la misión de colonizar Phil-Jaux, teniendo a Fela por compañera, no pudo imaginar ni por asomo que tendría que enfrentarse con una situación semejante.

¡Era para verlo y no creerlo!

Uller trató aún de dominar su instinto, que le empujaba a satisfacer la petición de la apasionada hembra. Pero Xavia estaba decidida a no dejar que se le escapase de entre las manos aquella oportunidad. Insistió en su acercamiento, en sus escarceos excitantes.

—Desde que te vi irrumpir en mi cabaña, amenazador, rudo y violento —le explicó—, me sentí profundamente atraída por ti. Es más fuerte que yo y no veo la razón para que tengamos que contener nuestros impulsos, estas ansias, los deseos imperativos, porque, aunque no quieras reconocerlo estoy segura de que tú sientes por mí lo mismo que yo por ti.

Xavia le ofreció sus tentadores labios y él, incapaz de resistir por más tiempo, se apoderó de ellos y los mordió con pasión, besándola con furia incontenible.

Estrechamente enlazados, intercambiando besos y caricias ambos se adentraron en la caverna, mientras que en el exterior los dos soles rutilantes seguían su curso en un cielo de límpido azul, en el que no podía verse ninguna nube; ni amarilla, ni de ningún otro color.

CAPITULO X

—No sé si te lo he dicho antes —murmuró Uller con su voz algo ronca—, pero tienes un cuerpo muy atractivo.

Ella sonrió.

—No me lo habías dicho y me gusta que lo digas ahora. Dime, ¿cómo te sientes?

—Bien, pero...

—Te sientes culpable porque piensas en Fela, ¿verdad?

Uller asintió con un gesto.

—Haces mal en darle vueltas a la cosa. Habéis venido a parar a un mundo donde rigen leyes distintas a la del vuestro. Tenéis que acomodaros a ellas. Tanto Fela como tú.

—Te entiendo perfectamente, pero eso no obsta para que pesen sobre mí siglos de atavismo.

Xavia se encogió de hombros como dando la cuestión por zanjada y no queriendo seguir hablando del mismo tema. Por su parte, el kapitán Parod quiso saber algo que le preocupaba.

—Hay algo que no acabo de entender... —dijo.

—¿De qué se trata? Quizá yo pueda aclarártelo, si es relacionado con mi mundo.

—De él se trata, efectivamente. Me refiero a la nube amarilla que acabó con las otras naves y aniquiló a sus tripulaciones.

—¡Ah! Es eso...

Xavia miró al kapitán como si éste se refiriese a algo que ella daba por más que sabido.

—Sí, es eso. ¿De dónde sale? ¿Cuáles son sus componentes? ¿Quién la dirige?

Ella rió abiertamente, con ganas.

—Tus preguntas son muchas, pero la respuesta es una sola.

—Bien, en ese caso dímela.

Xavia se acurrucó en el pecho del hombre.

—¿Recuerdas que hablé en varias ocasiones de la gran hecatombe que asoló a mi mundo?

—Sí, claro que lo recuerdo.

La mujer dirigió una mirada a la entrada de la cueva, sin que al parecer sus ojos se fijaran en ningún lugar concreto. Parecía estar evocando algo y su voz, traía reminiscencias de un pasado todavía no lejano.

—Nuestro mundo se había dividido en dos grandes bloques que se hacían la guerra. Cada uno había absorbido pueblos y naciones en su afán de dominar al adversario. Y perfeccionaron también sus armas tratando siempre de imponer sobre el otro la razón de su fuerza. Aquéllas fueron cada vez más sofisticadas y mortales, y así fue como al producirse el gran enfrentamiento tuvo lugar la hecatombe.

Ella hizo una breve pausa, que el kapitán Parod respetó a la espera de sus explicaciones.

—La fisión del átomo provocó reacciones en cadena que escaparon al control de nuestros científicos y dirigentes. Muchos perecieron al producirse las primeras deflagraciones atómicas. Otros fueron víctimas de la radiactividad. Hubo algunos que se dejaron llevar por la desesperación y pusieron fin a su vida ...

«Vastas extensiones del planeta tuvieron que ser abandonadas —siguió diciendo Xavia—, porque en ellas no podía vivir nadie. Los cultivos se convirtieron en campos yermos, en desiertos, en páramos desolados, y entonces fue cuando los sobrevivientes establecimos nuevas leyes, las de la supervivencia.

Uller escuchaba atentamente aquellas explicaciones que le daban cuenta del final de una civilización y de un mundo.

—Fue entonces cuando hicieron su aparición las primeras bandas de mutantes, sembrando

la muerte y la desolación a su paso, contaminando personas y animales, por lo que los sobrevivientes normales no tuvieron otro remedio que hacerles frente con las armas de que todavía disponían.

—Vamos, que era un caso de legítima defensa...

—Desde luego. Y por eso mismo en cuanto se descubre a alguno de ellos se le elimina sin contemplaciones. No hay elección posible. Se trata de ellos o nosotros.

—¿Y los merodeadores?

—Estos surgieron como una protesta contra las leyes y la disciplina que pretendían imponer los nuevos jefes de los sobrevivientes. Eran los más levantiscos y belicosos. También se convirtieron en los más fuertes. Y formaron cuadrillas que, a su vez, impusieron el terror por donde aparecían, entregándose al saqueo y al pillaje.

—¡Vaya joyas!

—Y que lo digas, porque los nuestros, que se habían agrupado en clanes y familias, se convirtieron en fácil presa de cualquiera de aquellas partidas, lo mismo de los mutantes que de los merodeadores, aunque dada la violencia con que éstos actuaron contra aquéllos, no tardaron en ser los únicos grupos violentos y armados del planeta.

—Comprendo... ¿y la nube? ¿qué me dices de ella?

—A eso iba.

Xavia hizo otra pausa, resumiendo sus pensamientos.

—Lo de la nube empezó poco antes de la gran hecatombe. Un grupo de científicos de Jaux consiguió producir lo que ellos llamaron «niebla irradiante letal». Este elemento destructivo que se conoció como la NIL, consistía en una condensación de gases que podía constituirse en forma de nube muy densa, la cual podía proyectarse o propulsarse hacia aquella zona que se deseara asolar o contaminar.

—Entonces... puede dirigirse a voluntad.

Ella movió la cabeza negativamente.

—Podía hacerse, que no es lo mismo.

Uller hizo un gesto de incomprensión.

—No te entiendo... ¿Por qué se podía hacer antes y no ahora? Mis experiencias en ese sentido son diferentes.

Xavia esbozó una sonrisa amarga.

—Verás, sus realizadores sí podían enviar la NIL allá donde ellos quisieran, pero al producirse la gran hecatombe no se salvaron los científicos, ni tan siquiera sus ayudantes. Todos desaparecieron y así no quedó nadie que supiera cómo actuaba la NIL y menos aún cómo podía controlarse su fuerza.

El kapitán Parod había fruncido el ceño escuchando las explicaciones de Xavia, que siguió diciendo:

—En los depósitos de los laboratorios de Jaux había varios preparados de NIL en espera de su utilización. La reacción en cadena los dejó en libertad y la afinidad entre ellos hizo que se reunieran y agrupasen hasta formar una sola nube, una especie de gigante mortífero que permanece en estado latente en tanto y cuanto no hay nada que lo active.

—Comprendo —dijo él, pensativo—. Así se explica que la aparición de nuestras naves, de armazón y textura metálicas, actuase como polo de atracción provocando su renacimiento desde el momento en que aquéllas aparecieron en la órbita de Phil Jaux. ¿Correcto?

Ella asintió con un gesto.

—En efecto. Los componentes de la nube amarilla son todos de carácter letal y corrosivo. También tienen propiedades magnéticas en su mayoría y esta última propiedad es en ellos de tal magnitud que resulta permanente pudiendo, además, extender su radio de acción en casi medio parsec.

El kapitán Parod había fruncido el entrecejo al escuchar aquellas explicaciones, que coincidían en gran parte con sus propias observaciones, gracias a las cuales y a su iniciativa, Fela y él habían podido escapar a la muerte.

—En una palabra —dijo Uller, resumiendo—, la nube tiene componentes letales y corrosivos que provocan la muerte y desintegración de los cuerpos, al tiempo que hay otros de carácter magnético sobre los cuales actúan los elementos atrayéndolos igual que si se tratase de

un imán. Es así, ¿verdad?

Xavia movió la cabeza afirmativamente.

—En ese caso —concluyó el kapitán Parod—, si no se consigue que desaparezca esa maldita nube amarilla, a la que tú llamas NIL, será imposible que pueda aterrizar ninguna otra nave en este planeta, a menos que sus tripulaciones lo hagan del mismo modo que lo hice yo y a condición de abandonar después el vehículo espacial.

—En efecto. Es tal y como tú lo has dicho.

Uller Parod hizo una mueca y se puso en pie. Anduvo unos pasos en dirección a la salida de la gruta y una vez en el umbral miró al cielo, en el que los dos soles brillaban con indiferencia respecto a los problemas de los seres humanos.

El kapitán Parod se giró hacia la mujer y dijo:

—Ahora que ya sé a qué atenerme respecto a cuál será el futuro más lejano que nos aguarda, creo que vale la pena pensar en el que está más próximo.

Mirando con fijeza a Xavia, él añadió:

—Nos hemos dejado llevar por nuestros sentimientos y la atracción mutua, olvidándonos de que Fela está en tu cabaña, esperando que regresemos.

La mujer bajó la cabeza, sin responder.

—Vamos a cargar tu carretilla y nos iremos de aquí inmediatamente. Nos hemos retrasado demasiado.

—Lo que tú digas.

Ahora sí respondió Xavia y lo hizo en tono sumiso, poniendo inmediatamente manos a la obra, decidida a obedecer las órdenes del hombre, que se arrogaba la autoridad y el poder.

Instantes después la pareja abandonaba la gruta y emprendía el regreso a la cabaña lacustre, llevando consigo todo el equipamiento de colonización que se había salvado de la *Koln-3*.

* * *

Kailoz estaba sentado en el borde de la plataforma, dejando que sus piernas se balanceasen alternativamente sobre el agua, aunque sin llegar a rozarla. De vez en cuando escupía para distraerse viendo cómo se formaban ondas concéntricas que iban creciendo y creciendo hasta desaparecer. A falta de piedras se conformaba con aquel entretenimiento.

El jefe de los merodeadores se rascó la barba, espesa, que los días habían poblado en su fatigado rostro. Kailoz acusaba en su actitud el cansancio acumulado durante las últimas semanas en que había podido liquidar a una pandilla de mutantes.

El hombre giró la cabeza al oír un rumor casi furtivo, de alguien que se acercaba a él, por la espalda.

Instintivamente empuñó su daga de doble filo para repeler una posible agresión.

Al reconocer a Walstam, el cabecilla de los merodeadores cambió de actitud.

—¿Qué? —le preguntó—. ¿Lo estáis pasando bien con la extranjera, camarada?

Walstam hizo chasquear la lengua dentro de la boca.

—Lo estamos pasando fenómeno. Es una mujer sensacional. La verdad es que he visto pocas como ella.

En eso estaba de acuerdo Kailoz y por su gusto aún estaría en la cabaña, disfrutando a sus anchas, pero debía sacrificar sus propias apetencias a fin de que no pudieran decir que se quedaba siempre con lo mejor del botín para él. Una mujer, sobre todo con tantos atractivos como aquella extranjera, era preciso compartirla. Nadie podía apropiársela y guardarla en exclusiva. Y menos él, si quería conservar su puesto de jefe indiscutible.

—Celebro que pienses así —dijo al cabo, correspondiendo con una mueca a las palabras de Walstam—, y también me agrada que la gente esté contenta. De ese modo, cuando tengamos que volver a pelear, nadie pondrá en tela de juicio mis decisiones. ¿No te parece, amigo?

Walstam tragó saliva al responder afirmativamente.

—Sí, claro... Todos están dispuestos a obedecerte.

—¿Me dices la verdad?

—Naturalmente, ¿por qué había de engañarte?

—Sí, Walstam, ¿por qué habías de hacerlo?'

El aludido sintió que sobre él pesaba la mirada escudriñadora de su jefe, como si buceara en su cerebro tratando de descubrir hasta los más ocultos de sus pensamientos.

Walstam estaba seguro de su lealtad respecto a Kailoz, pero aunque no ignoraba que algunos de los merodeadores codiciaban aquel liderazgo, no se creía en el deber de delatarlos. Sin embargo, al sentir cómo aquellos ojos vaciaban su cerebro, no pudo por menos de removerse inquieto y rezongó:

—Estamos descuidando la vigilancia. Iré a echar una mirada por los alrededores.

Kailoz frunció el entrecejo, adivinando lo que pasaba por la mente del otro, y aunque estuvo tentado de retenerle para hacer que hablara y se explayase con él, optó por dar tiempo al tiempo.

—De acuerdo, Walstam —le dijo—. Llévate a varios hombres y establece otra vez puestos de vigilancia. No quisiera que nos sorprendieran los mutantes y menos aún el compañero de esa extranjera.

Walstam gruñó afirmativamente y, reuniendo a varios de sus compinches se los llevó al cañaveral, distribuyéndolos para evitar cualquier sorpresa.

CAPITULO XI

Un sordo zumbido cortó el aire. Era una flecha disparada contra un ave que, lanzando un agudo chillido, se precipitó al suelo.

Uller Parod se detuvo en seco y se llevó un dedo a los labios imponiendo silencio a la mujer.

—¿Quién puede estar cazando por aquí? —la preguntó en un susurro—. ¿Tienes alguna idea?

Ella asintió.

—Los únicos capaces de hacerlo son los merodeadores. Nadie de mi gente se arriesgaría a alejarse tanto de un poblado.

El kapitán estudió el terreno y rezongó:

—Entonces ellos están entre nosotros y tu cabaña.

Xavia se mordió el labio inferior, sin atreverse a expresar su pensamiento. Ella estaba convencida de que no solo estarían los merodeadores donde había dicho Uller sino que algunos habrían ocupado la choza y la compañera de éste se habría convertido en su víctima.

—Quédate aquí y no hagas ruido —le indicó el kapitán al tiempo que empuñaba la pistola desintegradora—. Me acercaré para descubrir de quién se trata y qué pretenden.

Ella tembló por la seguridad de Uller.

—¡No vayas! ¡Te matarán!

Uller rió.

—Di mejor que será preferible para ellos no tropezarse conmigo si no quieren pasar a otra vida.

Prestando oídos sordos a las advertencias de Xavia, el hombre se adelantó hacia el cañaveral. Para mayor seguridad acarició el arma que le convertía en superior a sus posibles enemigos. Por Xavia sabía ya que si no se dejaba sorprender todas las ventajas estaban de su parte. Ni mutantes ni merodeadores podían hacerle frente.

Extremando el sigilo, Uller avanzó por el cañaveral evitando todo ruido que pudiera delatarle. Movía a tientas las cañas, y así, paso a paso, fue acercándose a la linde del pantano desde donde pudo divisar la cabaña.

Uller descubrió al instante al cabecilla de los merodeadores que continuaba sentado en la plataforma, escupiendo al agua. También vio salir de la choza a un par de hombres que comentaban algo entre estruendosas risotadas.

Por la actitud de los merodeadores, el kapitán Parod adivinó cuál era la suerte de su compañera.

—¡Malditos seáis! —bramó.

Y, sin pensarlo dos veces, apuntó el cañón de su arma contra la plataforma y disparó.

El primero de los rayos desintegradores alcanzó a Kailoz en la cabeza, provocando en éste una muerte fulminante.

El cabecilla exhaló un gemido al tiempo que agitaba los brazos como aspas de molino, cayendo luego a las turbias aguas del pantano, en las que se sumergió su cuerpo para no ser recuperado jamás.

Desconcertados, los tres merodeadores que acababan de salir de la choza a la plataforma, no tuvieron tiempo ni oportunidad de avisar a sus restantes compañeros del peligro que les amenazaba. La pistola desintegradora, certeramente manejada por el kapitán, dio buena cuenta de ellos, eliminándoles y enviando sus restos al pantano a hacer compañía a su jefe.

Uller corrió entonces hacia la cabaña lacustre, con ánimo de libertar a la teniente Seage.

El kapitán Parod olvidó en aquel momento las más elementales medidas de precaución.

Sin detenerse a pensarlo dos veces, avanzó a cuerpo descubierto, chapoteando en el agua del pantano, para asirse a los salientes que hacían de escala y ganar así la plataforma de la choza de Xavia.

Uller no pensó que en el cañaveral, a sus espaldas, podía haber otros merodeadores.

Un zumbido siniestro le advirtió, demasiado tarde, del peligro que le amenazaba. Al oírlo, giró el cuerpo con rapidez para replicar a la súbita e inesperada agresión, pero, en ese preciso instante, una flecha se clavó en el antebrazo izquierdo obligándole a soltarse y haciéndole caer a las turbias aguas del pantano.

Aquella herida fue, sin embargo, la salvación de Uller.

La salva de flechas disparada por los hombres de Walstam pasó entonces por encima de su cabeza sin producirle ni un rasguño.

El kapitán Parod pudo entonces volverse hacia sus enemigos y disparar contra ellos, en amplio abanico, uno de sus potentes rayos desintegradores.

Dos resultaron alcanzados y se derrumbaron aullando de dolor, mientras sus cuerpos empezaban a deshacerse como pulpa estrujada por un exprimidor.

—¡Adelante, camaradas! —gritó Walstam—. ¡Es un hombre solo y nosotros somos muchos!

Y, alzando la voz, llamó al resto de su gente.

—¡Los de la cabaña! ¡Acudid también a la pelea! ¡Este extranjero ha matado a nuestro jefe y a varios de nuestros camaradas, que claman venganza!

Uller volvió a disparar contra los hombres ocultos en el cañaveral y los alaridos de quienes resultaron alcanzados le bastaron para atestiguar la eficacia de su puntería.

Más flechas cayeron cerca de donde estaba el kapitán, provenientes éstas de la cabaña.

Rápido como una centella se revolvió al tiempo que se sumergía en las pestilentes aguas, hasta que éstas le llegaron poco menos que al cuello. Y, en aquella más que difícil posición el kapitán Parod volvió a disparar su potente arma desintegradora contra los merodeadores que, en tropel, habían salido de la choza para pillarle entre dos fuegos.

La situación resultaba complicada para Uller. Prácticamente sin solución posible.

Aunque el kapitán dispusiera de un arma infinitamente más poderosa que las de sus enemigos, él estaba en franca desventaja numérica.

Muerto Kailoz, Walstam se había hecho cargo del mando, y corría ya hacia donde estaba el kapitán, seguido por los sobrevivientes del cañaveral, en tanto que los otros merodeadores le protegían desde la cabaña.

«Me tienen atrapado —pensó Uller, angustiado—. ¡No hay ninguna escapatoria para mí!»

Con aquel pensamiento in mente, Uller Parod se dispuso a defender cara su vida, liquidando el mayor número de enemigos posible, convencido a la vez de que su final era ya algo tan inminente como ineludible.

* * *

Los alaridos de los merodeadores al ser alcanzados por los rayos desintegrantes, los gemidos de los moribundos al sentir cómo sus cuerpos se desintegraban y los gritos que daba Walstam a sus hombres para que le siguieran, alertaron a Xavia.

La mujer hizo caso omiso de lo que Uller le había ordenado y, dejando a salvo la carretilla con la impedimenta traída desde la cueva, avanzó por el cañaveral para ver qué sucedía.

Al descubrir lo comprometido de la situación del hombre al cual se había entregado y del que anhelaba ser su compañera, Xavia rugió como una leona herida a la que el cazador trata de arrebatarle los cachorros.

—¡No dejaré que le maten! ¡No consentiré que me lo arrebaten ahora que es mío!

Con ojos extraviados, como si se hubiera vuelto loca, Xavia buscó con qué prender fuego en el cañaveral.

La mujer tardó cuestión de minutos en dar con lo que necesitaba y, a los pocos minutos, las primeras llamas se alzaban de un manojo de cañas secas.

Xavia hizo una antorcha en menos tiempo del que se tarda en decirlo y, con ella en la mano, comenzó a correr a lo largo del cañaveral para incendiarlo.

—¡Animo, Uller! —gritó desaforada—. ¡Corro en tu ayuda! ¡Resiste un poco más!

Los merodeadores que estaban en la cabaña fueron los primeros en descubrir el incendio y en abandonar la lucha para saltar al agua y alejarse de allí a nado.

Los gritos de la mujer alertaron a Walstam y a los demás, que se volvieron para ver el cerco de fuego que iba formándose en torno a ellos.

Walstam le gritó a su gente que antes de huir era preciso acabar con el extranjero.

—¡Tenemos que quitarle su arma y liquidarlo!

Pero ninguno de ellos estaba dispuesto a perder la vida de un modo que podía considerarse como absurdo e inútil. También los del cañaveral corrieron a buscar la salvación alejándose de allí nadando por el pantano.

Uller Parod se encontró entonces frente a un solo hombre.

El único enemigo que el kapitán tenía ante él era el nuevo cabecilla.

Walstam corrió enarbolando su maza de combate, mientras Uller le esperaba a pie firme, apuntándole con su pistola desintegradora.

El kapitán Parod sólo necesitó lanzar un rayo para acabar con Walstam. Le alcanzó en mitad del pecho, empujándole hacia atrás y haciéndole caer al suelo, al tiempo que su carne estaba convirtiéndose en una especie de pulpa sanguinolenta.

Xavia corrió entonces al encuentro del vencedor.

—¡Amor! ¡Estás a salvo!

El la estrechó entre sus brazos, agradeciéndole con un beso la colaboración que le había prestado y la decisión con que había intervenido en la lucha, para dar le a él la victoria.

La mujer alzó el rostro para mirarle a los ojos.

—¿Merezco que me aceptes por compañera tuya?

—Sí. Te lo has ganado con creces.

Ella le devolvió el beso con mayor pasión que nunca.

Uller se zafó, sin embargo, de aquel dulce lazo para ver qué había sido de la teniente Seage.

Seguido de Xavia, el kapitán ganó la plataforma de la cabaña y entró en ésta.

Fela yacía sin conocimiento en el suelo, desnuda y con el cuerpo magullado y malherido.

—¡Los muy salvajes! —exclamó Uller furioso—. ¡La han destrozado!

Xavia se inclinó para examinar a la otra, a la que no veía ya como a una rival triunfante, sino como a una mujer necesitada de ayuda. Giró el rostro hacia Uller y, con una suave sonrisa, murmuró:

—La cuidaré y sanará.

El la miró sorprendido.

—¿Querrás hacerlo? ¿Podrás conseguirlo?

Xavia respondió con un gesto afirmativo.

—Sí... si eso es lo que tú deseas.

—Claro que lo deseo.

—Entonces no te preocupes por ella. Vivirá.

—¿Y no te importará...?

El dejó la frase en suspenso, pero adelantándose a sus palabras, Xavia contestó:

—A mí sólo me importa lo que a ti. No deseo otra cosa que verte contento y feliz. Tus deseos son órdenes para mí. La salvaré pues, ya que veo que la quieres.

Xavia hizo una leve pausa y añadió:

—Y en adelante, en este mundo perdido para vosotros, pero que es el mío, las dos viviremos para ti.

El kapitán Parod sonrió complacido y volvió a estrechar entre sus brazos a la mujer que le había ayuda do a encontrar la posibilidad de vida, en el que para su gente era un mundo perdido.

FIN

EDICIONES CERES, S.A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España 50 Ptas.

Impreso en España - Printed in Spain